

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I.—Núm. 3

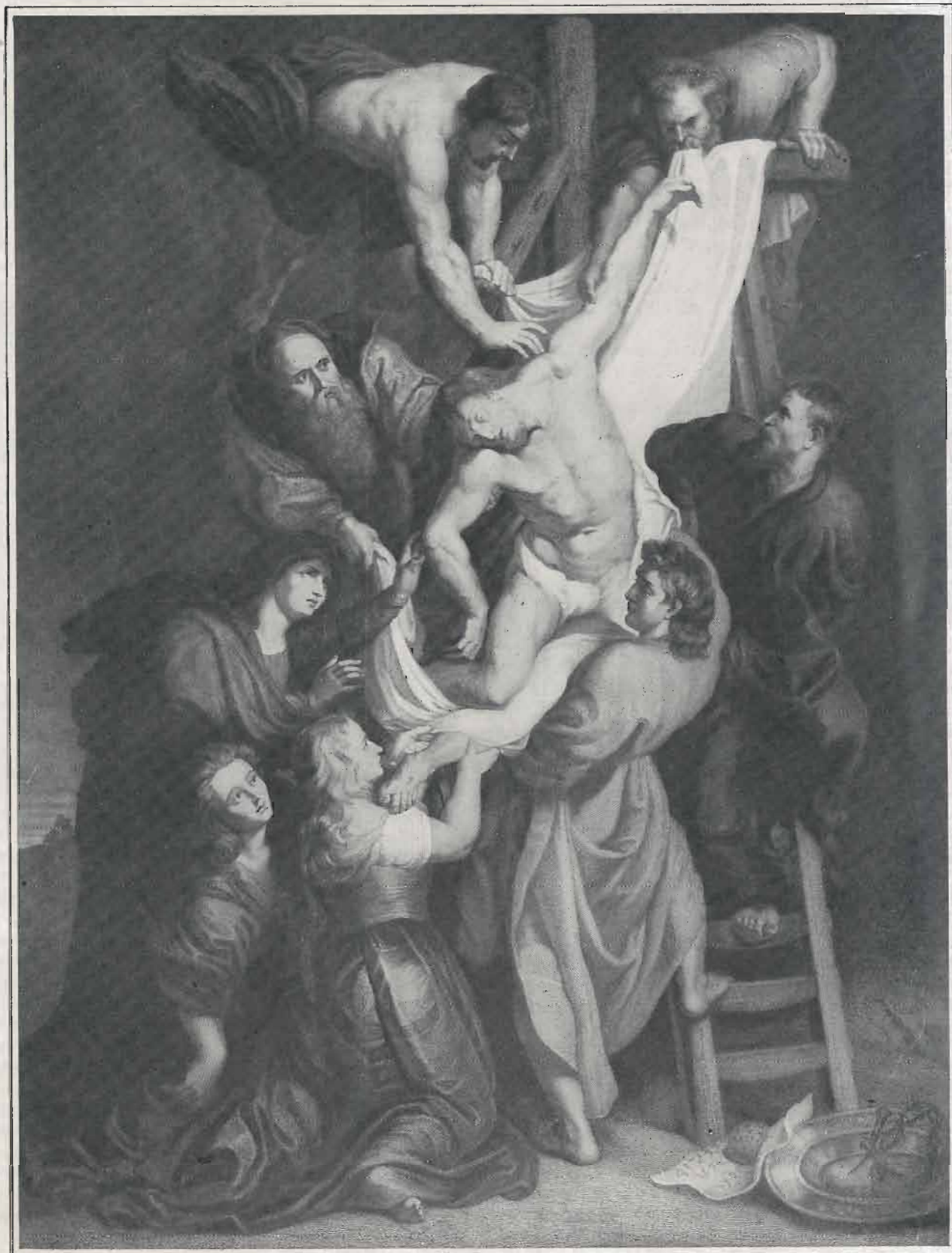
EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Junio de 1909

DIRECCION:
CALLE TRATINOS 666

Precio: 1 peso

LAS OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



EL DESCENDIMIENTO.—Cuadro de Rubens

HECHOS Y NOTAS

LOS VIAJEROS

EL afán de los viajes se ha generalizado cada día más, desde aquel en que fueron desterradas las diligencias para sustituirlas por los ferrocarriles y vapores, á pesar de que no faltaron, entre nosotros, quienes combatirían las vías férreas en nombre de la protección á la industria nacional de carretas. Todos quieren viajar y, sobretudo, como el personaje de la última novela de Blest Gana, se despepitan por "ir á gozar en París" la "vida coita y buena". Y al cabo de un año se nos aparecen, los hombres, con unas corbatas multicolores, unos gabanes muy largos ó muy cortos, y las señoras con unos sombreros tan grandes que, colocados en el suelo, pueden usarse como biombos. Y después de tanto viajar, resulta que no han visto nada, que no conocen nada, salvo la Torre Eiffel, el Palais de Glace ó el Café de Maxim. Uno que otro ha recorrido los Museos al galope, y como no tenía considerable preparación artística, suele volver con la desagradable noticia de que la Venus de Milo no le agrada "porque no tiene brazos".

Otros señores suelen considerar la civilización europea desde un punto de vista extraordinario.

—"¿Qué tierra esa de los gabachos, hijito! me decía uno. No hay como París... en ninguna otra tierra he probado bistecques más jugosos..."

En cambio, cierto doctor, que cuando muchacho se daba ínfulas de hombre corrido, agregaba, guiñando el ojo: "A París hay que ir soltero. El que se va con su mujer, se parece á los que van á un banquete llevando un sandwich en el bolsillo".

Esto es, sobre poco más ó menos, la filosofía de los viajeros nacionales.

No comprenden el encanto singular de aquellas civilizaciones superiores, su gracia frívola y elegante, si bien sufren su fascinación irresistible.

Existe en París constantemente un grupo de extranjeros mezclados al núcleo de la sociedad parisiense, ya sea bajo un régimen como el del Segundo Imperio, ya sea en otro como el de la República. Esos llevan nombres ilustres como los Grim, los Galiani, los Walpole, el duque de Villahermosa, en el siglo XVIII; Lord Seymour, el Príncipe de Gales, Enrique Heine, Wolf, Blowitz, Tourgueneff, en nuestros tiempos.

Personajes extranjeros de la más alta distinción social ó intelectual, se mezclan al mundo parisiense y forman su sociedad cosmopolita, brillante y exquisitamente fina. Esos viajeros distinguidos se saturan del espíritu francés transportando á la distancia sus reflejos y llevan, á lo lejos, su luz prestada, pero siempre hermosa, como luz de luna. No se limitan á la simple alegría de vivir en el boulevard, ó de cortejar actrices, ó de preparar el Menú fantástico de una comida chez Bignon, con vinos de á cien francos la botella; siguen atentamente la vida artística é intelectual, las nuevas corrientes de pensamiento, el problema planteado en la última pieza de teatro, la conferencia de un escritor ó de un viajero ilustre, el concierto de un gran pianista; el cuadro de un artista nuevo. Aspiran esas flores odoríferas de civilizaciones refinadas y llevarán, más tarde, á su país, un recuerdo imborrable.

Nosotros los americanos, y en particular los chilenos, preferimos la ostentación de una existencia falsa y ridículamente aparatosa, tan gráficamente denominada *rastaquere*.

No comprendemos la elevación moral de una vida de cultura silenciosa y modesta, sin pretensiones ni vanidades. El americano pretende imponer su persona arrojando luses por la ventana, pagando los objetos por cuatro veces su valor, vistiéndose y exhibiéndose con lujo exagerado y, en ocasiones, importuno. Algunos se improvisan condes y se plantan corona. En uno de los hoteles de París encontré, años atrás, uno á quien los mozos llamaban "El Señor Marqués del Almendral". Lo había hecho, sin duda, en memoria de su abuelo que tenía en ese barrio una zapatería.



Pocos son los chilenos que se consagran en el extranjero al estudio útil de las instituciones sociales, de las fábricas, de los variados aspectos del arte y de la ciencia. Los pensionados sue-

len aprender medicina ó ingeniería en los Café-conciertos, entre bocks de cerveza y canciones más ó menos alegres, entonadas con la gracia peculiar de la excena parisiense.

Justo es, sin embargo, recordar las penurias y sacrificios infinitos de unos cuantos jóvenes, futuros grandes médicos ó artistas de talento. La vida de algunos, como Simón González, ha sido una odisea memorable y heroica. Jóvenes profesores de Chile se han encaminado á Europa, á perfeccionar sus estudios, sin ninguno de los auxilios pecuniarios del Estado, en tercera clase de un vapor, corriendo y llevando la existencia mísera del emigrante. Esos serán, tal vez, los triunfadores de mañana, los que nos traigan alguna idea nueva ó algún hermoso libro.

En cambio, el impulso aparente de negocios de la época tan tristemente célebre del resurgimiento, permitió el derroche de dineros adquiridos en el bacará de la Bolsa. Muchos fueron á Europa á disipar en unos cuantos meses la riqueza fácil de las ganaderas sin ganado y de las salitreras sin salitre. Volvieron para contemplar, de vuelta á la patria, el rostro ceñudo de sus acreedores á quienes contestaban, con la mayor tranquilidad del mundo: "¿Cómo quieren ustedes que les paguemos? ¿Acaso no saben que el deber es sagrado?". Seguían el conocido refrán español: "Cobra y no pagues, que somos mortales".

Y así, paulatinamente, en medio del exodo brillante y alegre de emigraciones rociadas en champagne, se fué agotando el capitalito del papel moneda, sin crearse nuevas industrias, sin aumento de la riqueza privada, sin beneficio positivo. Los Marqueses de Talagante y los Condes de Colina trafan los bolsillos vacíos y tienen solamente de cruzados la chaqueta á la moda.

Con razón hablan los periódicos, tanto en Chile como en la República Argentina, de las pérdidas que representa, así para uno como para otro país, la residencia prolongada de sus nacionales en Europa y los frecuentes viajes al Viejo Mundo. Se comprende que algunos millonarios lo hagan, y sirvan con eso de propaganda ó defensa en el extranjero de nuestros intereses y de nuestro prestigio; pero no se puede aceptar que cuantos hagan un pequeño negocio de bolsa vayan á derrochar sus ganancias á París, en vez de prepararse, con ese pequeño capitalito, el bienestar futuro en su patria.

Es justo confesar, al mismo tiempo, que parte considerable de ese afán de los chilenos por la emigración es culpa nuestra. No nos esforzamos cuanto debíamos por hacer agradable nuestra vida. No tenemos teatros sino de tarde en tarde, y de Opera sólo breve temporada. Jamás se ha dado paso alguno para el establecimiento de un Teatro Dramático permanente, como el Teatro Francés ó el Odeón de París, subvencionados por el Gobierno. Existe, sin embargo, entre nosotros, afición decidida por los espectáculos. Basta que llegue á nuestras playas alguna buena actriz, como María Guerrero, ó algún actor de primer orden, como Ernesto Novelli, para que se llene el Teatro. La sociedad les prodiga aplausos y dinero, se emociona, se preocupa de arte y lo comprende. Las mujeres de nuestra sociedad son cultas, delicadas y refinadas; son capaces de sentir y de inspirar todo lo bello.

Es, pues, incomprensible que vivamos preocupados de cuestiones hípicas y de fomento de razas caballares, sin acordarnos de fomentar un poco de arte dramático. Sería de creer que, en Chile, damos importancia mayor á los caballos que á los hombres.

Una parte microscópica del dinero derrochado en aventuras financieras y en sociedades equívocas durante los últimos años, habría sobrado para la construcción de un par de teatros magníficos, en los cuales hubieran funcionado compañías dignas de un país próspero y culto. Y acaso los accionistas hubieran contemplado, por primera vez, qué cara tienen los dividendos.

Hagamos la vida fácil y alegre; abandonemos nuestro aspecto de empresarios de pompas fúnebres; seamos un poco más vividores; aprovechemos lo mucho bello y bueno que en el país existe, y con eso disminuirémos considerablemente el afán de los que emigran desesperados de aburrirse en "Esta copia feliz del Edén".

L. O.

LAS MUJERES DEL PRIMER IMPERIO

(Traducido por la Señora Ester Prieto de Dell'Orto)

EN ninguna época, las evocaciones del pasado han tenido tanta boga como en esta aurora sombría del siglo veinte... Pobres seres impulsados por el torbellino enloquecedor de la vida contemporánea, nos acercamos al recuerdo de los desaparecidos, como náufragos á la ribera!...

Pero entre todas esas sombras, á las cuales pedimos el olvido pasajero de las tristezas ó frivolidades de la hora presente, las que nos atraen y cautivan más, son las sombras femeninas; ellas surgen de las brumas lejanas de los días desaparecidos para siempre en eternos abismos, rodeadas de misterioso encanto. Los hombres pertenecen á la historia, las mujeres más bien á la leyenda y poseen el eterno atractivo: la belleza, la gracia, el espíritu, la abnegación, el amor!

En la penumbra de la gran figura de Napoleón pintada por tantos escritores, ¡cuántas interesantes siluetas femeninas hay para bosquejar!

Entre ellas, descuella Josefina, cuya dramática existencia, descrita por Pierre D'Ozon, voy á traducir:

La Emperatriz Josefina

"La vida de Josefina es la más inverosímil, la más palpitante de las novelas.

"Vino al mundo en esas maravillosas Antillas, joya de esmeralda arrojada sobre el gran Océano de olas deslumbradoras, donde las mujeres tienen la gracia flexible de las enredaderas y la seductora belleza de las grandes flores tropicales de embriagadores perfumes... Y hé aquí que una vieja mulata, que decía la buena ventura, dijo á la pequeña Josefina Tascher de la Pagérie:

—"Tú serás más que Reina!"

La niña rió... No era una corona, era el amor con el que soñaba sobre el navío que la llevaba lejos, hacia la tierra francesa... Pero ese sueño que ella creyó realizar casándose con el brillante vizconde de Beauharnais, se había disipado como un mirage engañoso. Ella es coqueta, él inconstante, ambos celosos y dan escenas que hacen tan insostenible la vida común, que madame Beauharnais deja á su hijo Eugenio con su marido y

parte ella con su hija Hortensia para la Martinica. ¡Pobre avechilla herida que retorna al nido!

Principiaba á recobrar esa dulce indolencia de las lánguidas criollas, de la cual nuestra vida afebrada ignora el encanto, cuando súbitamente estalló la revolución de los negros. Loca de terror, Josefina se embarcó en el primer buque que partía, sin equipaje, casi sin dinero. Encontró

El 9 Termidor la quita al verdugo; pero la deja en las angustias de la miseria.

La amistad de la bella condesa de Fontenay, entonces ciudadana Tallien, le sirvió de ayuda y pronto las dos se disputaron el cetro de la moda. Ellas son las reinas de esas maravillosas que iban al Palais Royal, al Luxemburgo, deslumbrantes de alhajas, cubiertas con una transparente túnica plegada á la griega.

La coqueta viuda criolla fascina á un general muy joven. Se llama Bonaparte, es pobre, está en desgracia; pero tiene un fuego en los ojos, un irresistible poder de voluntad en el alma, y, casi á pesar suyo, Josefina llega á ser la ciudadana Bonaparte.

Los parisienses luego la llamarán "Nuestra Señora de las Victorias".

En 1796, Napoleón, comandante en jefe del Ejército de Italia, llama á Josefina á Milán, donde conquista todos los corazones su gracia seductora.

Nobleza, clero, pueblo, todos experimentan su encanto indecible; ella es como la égida del general y de su ejército, deteniendo con su bondad sonriente las revueltas populares.

De regreso á París gozará durante algunos meses todos los encantos. Vive en una especie de apoteosis, embriagada con la gloria de su marido y los homenajes que recibe. Más ¡ay! en este cielo tan azul, principian á surgir sombrías nubes. El general Bonaparte ha tomado el mando de la expedición á Egipto. Entre los amigos de Josefina que le son personalmente adictos, está madame Tallieu y el secretario de Barras Charles.

Esta intimidad será un pretexto de venenosas habladurías que llegarán hasta Oriente á exasperar los celos de Napoleón, y vuelve á Francia con amenazas de divorcio. Felizmente para Josefina, sus

hijos decidieron al esposo á verla y oír la y la irresistible sirena pronto lo reconquistó. Reconciliada la pareja, se instaló en Malmaison, donde el futuro dictador dejará el primer puesto á la esposa. La seductora tiene promesas para todas las ambiciones; aliento para todas las esperanzas.

Tres días antes del 18 Brumario, cuan-



La Emperatriz Josefina

una acogida afectuosa en la familia de su marido y se reconcilió con él, pues no hay lugar para el rencor en ese corazón de mujer.

El vizconde de Beauharnais ha llegado á ser general ciudadano; pero esa renegación del pasado no lo salva del caldoso. Josefina, viuda y prisionera, aguarda con espanto el siniestro llamamiento.

do está pronto para el golpe de Estado que abrirá el camino del trono al pobre gentil hombre corso, Josefina, con su gracia habitual, hace los honores de una gran recepción en el hotel de la calle de la Victoria. Será la última.

Bonaparte, proclamado primer cónsul, va á instalarse al Luxemburgo; pero pronto, encontrando estrecho el palacio de Ma-

plicas, no logra impedir que Bonaparte, irritado, ensangrienta sus glorias con la inútil muerte del duque de Enghien.

A fines de este año trágico, Pío VII vendrá á París á consagrar al nuevo Carlomagno. Bajo las bóvedas seculares de Nuestra Señora, Napoleón colocará la corona imperial sobre los hermosos cabellos negros de la criolla.

gram disiparán los últimos escrúpulos del dueño del mundo y, el 15 de Diciembre de 1809, Josefina oirá pronunciar su divorcio. Malmaison y el castillo de Navarra servirán de asilo á la abandonada que llora y perdona!..."

La muerte de Josefina tiene algo de misterioso.



Museo de la Villa Borghese.—Paulina Bonaparte.—Estátua de Canova

ría de Médicis, se traslada á las Tullerías, donde, á pesar suyo, Josefina ocupa las habitaciones de María Antonieta.

La criolla es más que reina. Yo gano las batallas, le decía Napoleón, pero tú me ganas corazones.

Después de la victoria de Marengo la llevó á Normandía, y al año siguiente lo sigue en su viaje triunfal á Bélgica, exitando á lo menos tanto entusiasmo como Napoleón.

Después llegarán las horas sombrías. Renacen las conspiraciones; ella vive en perpetua angustia y, á pesar de sus sú-

Es tan pesada esta resplandeciente corona, que hiere su delicada frente, pero su corazón está aún más lastimado por crueles aprehensiones. Sus enemigos ganan terreno y, en Milán, ella asistirá á la ceremonia como simple espectadora: es la primera etapa en la vía del divorcio.

Las ovaciones de Mayencia no la tranquilizan y la entrevista del czar Alejandro la espanta... Austerlitz, Jena, todas esas victorias que llevan á su apogeo el poder de Napoleón, aumentan en él el pesar de no tener herederos de su imperio. Los golpes de cañón de Essling y Wa-

¿Fue una súbita enfermedad de garganta ó un ramillete envenenado lo que puso fin al largo romance comenzado bajo el cielo de los trópicos?...

Nadie lo sabrá jamás, y la incertidumbre de esta muerte añade un atractivo supremo á la seductora figura de esta mujer, que fué á dormir el eterno sueño en la pequeña iglesia de Rueil, á través de los senderos floridos y sombríos, mientras resonaba el doloroso estrépito de la invasión.

PIERRE D'OZON.



RECUERDOS DE PARIS

¡PARIS! ¡Todavía un recuerdo después de tantos meses de ausencia! Parece que fué solo ayer cuando abandoné por última vez la ardiente capital y dirigí los pesados ojos á sus calles y á su cielo nocturno inflamado por el reflejo de miles de hogueras.

¡Parece que fué ayer! Muchos amigos tendíanme la mano en la Estación, deseabanme felicidad y me decían con la mirada triste del que despidió á un compañero que nada apagaría el recuerdo de tantas y tan dichosas noches de París.

El tren partió. Dejé tras de mí con mi sombrero un último adiós y mi tren se perdió como una caja lúgubre y negra en la noche oscura que dormía sobre las campiñas de Francia.

Ellos á su vez partieron. Volvieron á las ruidosas alegrías de la capital, al Boulevard, á la Avenue de l'Opera, á la ruidosa colina de Montmartre...

Mientras viajaba y me aturdí con el sonoro rodar del tren meditaba en esa lejanía que iba quedando atrás, en esa ciudad encantadora y hospitalaria en la cual había vivido tantos días inolvidables.

Unfuese en mi corazón una pena, una melancolía sentimental, al gusto inefable de volver á la patria después de algunos años de ausencia.

En aquel lento y taciturno desdoblarse de mis pensamientos y recuerdos se me presentó vivo y fresco, con todas sus sensaciones, el primer día en que llegué á París.

Fué en una tarde de estío. Viajábamos en el tren que va de La Rochelle á Niort y se junta allí con el gran expreso Bo-deaux-Paris.

El día había sido ardiente, uno de esos horribles apremios del mes de Julio frances. Los viajeros éramos conducidos con una velocidad diabólica como manadas de seres entregados á una sola manifestación de existencia: la de respirar con fuerza para llenar de aire nuestros pulmones.

De pronto la tarde refrescó. Nos acercábamos á París y los inmensos bosques de Versailles iban saliéndonos al paso y lanzándonos al pasar un hálito húmedo y perfumado salido de las profundidades de las penumbras. El tren rodaba, volaba, y parecía arrancar á las hojas de los árboles suspiros de seda.

Acompañados de dos amigos mirábamos por la ventanilla del couloir de nuestro wagon la campiña, el verde panorama que se extendía á nuestra vista con la gracia de un parque inacabable, dilatado y lleno de frescura.

Procurábamos ver luego á París, sor-

prenderle de pronto, enfocarle con nuestros ojos una vez por todas para salir al fin de esa curiosidad nerviosa que se apodera de un viajero novel al aproximarse á las grandes capitales de la tierra.

Nuestra avidez crecía por momentos y aunque el rodar del tren era más turbulento que nunca, aquella velocidad nos parecía pequeña. Repentinamente sentimos una de esas largas tiradas que dan los convoyes cuando van á llegar al término de su viaje, torció el tren un rápido viraje y París—¡por fin!—se presentó á nuestra vista...

Lo primero que apareció á nuestros deslumbrados ojos fué la Torre d'Eiffel. Era entonces de color café y estaba bañada en los últimos rayos del sol. Se erguía como un encaje gigantezco en el cielo medio



Plaza de la República

oración, nosotros, confundidos por la emoción, henchidos por el inaudito placer de arribar á París dando las gracias á Dios y á nuestro clemente destino por habernos permitido realizar tantos anhelos, tan bellos y tan viejos sueños de oro...

Llegados al fin á la Gare de Montparnasse, cobramos nuestro equipaje, y descendimos en un fiacre por el ancho y hermoso Boulevard que lleva el mismo nombre.

Mirábamos á ambos lados, veíamos rodar por las aceras un mundo presuroso y bullicioso, salpicado de mujeres que alzaban levemente sus faldas, que lucían sus sombreros, que ostentaban sus formas desbordantes de gracia y de juventud. Veíamos á nuestro lado el inmenso enmarañamiento de coches, camiones, automóviles y vehículos de mil variedades. Nuestros ojos subían por las mansiones y llegaban al quinto y sexto piso de cada una de ellas. Eran todas de piedra gris, de color suave y severo. Nos parecían tan monumentales que no sabríamos si llamarlas palacios ó cuarteles. Después supimos que eran simples casas de arriendo. A sus balcones se asomaban hombres en mangas de camisa, mujeres con la toilette amplia y descuidada, como si pidieran un poco de aire á la candente tarde de Julio.

Nuestra victoria cruzó aún muchas calles, muchos jardines olientes á tierra húmeda, pasó al pie de muchos monumentos, se detuvo, por fin, á las puertas del hotel que habíamos escogido de antemano como primera residencia. Estaba cerca de la Place de l'Etoile y al deslizarnos junto al Arco nuestra sensación se aumentó, se agigantó, se inflamó. Por allí había pasado Napoleón con sus soldados victoriosos y allí había velado París, durante una noche entera, los restos de Víctor Hugo...

Después de instalarnos y de comer en el Hotel salimos á caminar, á conocer á París. Descendimos á pie por la Avenida de los Campos Elíseos y al fin, cansados, tomamos una victoria:

—Au Grand Boulevard...

Y partimos, nos abrimos paso por entre el torrente humano que llenaba las calles, llegamos á la Madeleine y dimos una primera mirada á esa inmensa arteria de París que se llama el Grand Boulevard.

Estaba, como siempre, iluminada por miles de luces. Parecía imposible que nuestro coche pudiera avanzar por entre aquel río anchuroso é interminable, ahito de vehículos y de gente. Más entramos, nos abrimos paso, y fuimos contemplando hasta la Place de la République el aspecto carac-



La Opera

polvoriento de la tarde. A sus pies los millares de casas de París se extendían grises y colosales, heridas por los reflejos del crepúsculo que iba á comenzar. Torres de oro, caballos alados, dorados, conducidos por Tamas y Glorias de oro, refanse y confundíanse con enormes macizos de árboles y con puentes bajo cuyas arcadas deslizábanse mansamente las aguas de un río zarcado de vapores de color blanco y rosa. El tren avanzaba y nuestra mirada ahondaba en aquel París de tantos sueños, en aquella ciudad de tantas leyendas y de tantos recuerdos, en aquel punto único del planeta en que se concentran todos los hielos, todos los lujos y todas las gracias humanas.

Y así como el piadoso peregrino que llega después de un largo y penoso viaje á ver los muros, las torres y los olivos de Jerusalén, se persigna y eleva al cielo su



La Magdalena

terístico del Boulevard. Maravillábanos las terrazas de los cafés, las luces, las flechas luminosas que guiaban al Folies Bergères, al Scala, al Parisiana, las músicas, los ruidos de mandolinas y violines que salían a la calle, el girar de los camelots, etc., todo eso que después de algún tiempo es en París tan familiar al extranjero y que al principio es tan original.

Al volver caminando a pie por las anchas aceras, voces amigas nos llamaron a grandes gritos desde el Café de la Paix.

Eran chilenos.

Al cabo de una hora de char-



Arco de Triunfo

las, de recuerdos, de expansiones, salimos de allí.

Y entonces ¡qué placer, qué dicha la de ir a conocer la noche ardiente de París, el París nocturno, tonante y carnavalesco, aquella ciudad de todas las dichas y de todas las sensaciones!

Anduvieron después para nosotros el mundo y la vida, hasta que en noche semejante a aquella partimos de París, camino de la patria, que habíamos de encontrar un día bañada en la luz de oro de su sol y en las aguas azules de su inmenso mar.

MONT-CALM.

LA MUSICA NACIONAL

ENRIQUE SORO

DE entre el escaso número de los músicos chilenos, la figura de Enrique Soro se destaca con notable realce: ninguno ha logrado hasta el momento colocarse a tan envidiable altura, ninguno ha merecido juicios tan halagadores y unánimes.

Ya por los años 1901, cuando Soro iniciaba sus estudios en Europa pensionado por nuestro Gobierno, el maestro Fabio De Petris escribió en el diario "La Tarde" estas sinceras y proféticas palabras: "Su conducta intachable, su aplicación desmedida y su talento excepcional son indicios que con fundamento y lógica hacen presumir que será, con el tiempo, el primer italo-chileno a quien las musas han sonreído y lo han favorecido con el inapreciable don que llamamos "genio".

Es hijo este joven artista de un distinguido compositor, don José Soro, cuyas obras fueron publicadas por la casa Giudice Strada, de Turín, y alcanzaron gran popularidad, especialmente en Buenos Aires donde su autor residió algún tiempo.

Soro recibió las primeras lecciones de teoría musical y composición del maestro don Domingo Brescia, actual director del Conservatorio de Música de Quito. Fué posteriormente enviado a Europa por nuestro Gobierno y, durante los siete años que permaneció en el extranjero, siguió los diversos cursos del Conservatorio Verdi de Milán. Obtuvo en este establecimiento dos primeros premios de alta composición y segundos premios de literatura, historia de la música y fisiología de la voz.

Antes de su regreso a Chile, dió algunos conciertos en Milán y París, en el primero de los cuales se ejecutó un cuarteto para cuerdas que fué juzgado por el crítico Nappi, de La Perseveranza, con las siguientes palabras: "Soro demuestra haber seguido con gran atención la rápida evolución experimentada por la música de cuarteto en estos últimos años. En su cuarteto para cuerdas, los pensamientos, la técnica, la armonización son perfectamente modernas. El compositor sostiene el desarrollo de la frase melódica con mucha destreza, elegancia y feliz amalgama de los instrumentos. El Minuetto, bellísimo, de corte clásico, gustó preferentemente. Patético y conmovedor, el Adagio fué también muy aplaudido. El Final, desarrollado en forma maestra".

Apenas llegado a Santiago, Soro dióse a conocer de sus com-

patriotas en una audición efectuada en el Teatro Municipal y, con éxito siempre creciente, ha dado después diversos conciertos tanto en la capital como en Valparaíso y Concepción, su ciudad nativa.

La producción de Soro es abundantísima: asciende a más de trescientas el número de sus composiciones y entre ellas hay sonatas, cuartetos, quintetos, conciertos, sinfonías, etc.

Nuestro público ha tenido oportunidad de aplaudir su segundo piano en la sonata op. 14 número 1 de Beethoven, obra de gran aliento que fué magistralmente interpretada por Amelia Cocq y el autor en un concierto del Cerro Santa Lucía; una hermosa Suite para dos pianos; una sonata para violín, que Edmundo Weingand ejecutó con gran éxito en el concierto que hemos recordado; una Suite para orquesta de cuerdas cuyo último tiempo, danza fantástica, obra acabada de instrumentación y de incomparables bellezas rítmicas, ha sido siempre calurosamente aplaudida; otra Suite, "Impresiones líricas", en que Soro por la nobleza del estilo, la maestría en el desarrollo de la frase melódica y los detalles instrumentales, se eleva a la altura de un maestro exímio; un Tema con variaciones, etc., etc.

Cuando se escuchan las producciones de Enrique Soro, no puede menos de admirarse el estilo noble y elevado en que están escritas; aún cuando aborda trabajos de aliento como la sonata, sabe mantenerse en el tono que el género requiere.

Para que en las condiciones que actualmente le rodean pueda alcanzar un renombre universal, le falta a nuestro joven compositor escribir una ópera. Aún cuando no sea la forma más elevada del arte musical, es éste el género que cuenta con mayor número de admiradores y el que da más fácilmente la popularidad. Soro

tiene condiciones excepcionales para abordar con éxito una obra de este género.

De hacerlo, podremos ver con satisfacción que el nombre de un artista chileno figure muy cerca del de los grandes maestros y que, saludado por el aplauso de todos los públicos, recorra la triunfal carrera destinada a los espíritus favorecidos por la naturaleza.



Al fr. Alfonso Leng

Guglio d'Albini
Andante non troppo

E. Soro

Piano *pp*

a tempo

Poco più mosso

Allegretto

sempre il basso

cres. molto

mf.

dim. poco a poco

I. tempo

null.

ppp

sempre dim.

morendo

Enrique Soro B



LA RED CENTRAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO

(Páginas de un libro (*) en prensa)

SE designa con el nombre de **Red Central** á todos los ferrocarriles del Estado que se extienden de Cabillo al sur, cuyo kilometraje, el 1.º de Enero de 1908, era el siguiente:

1.a Sección.—De Valparaíso á Santiago y ramales	301 kms.
2.a Sección.—De Santiago á Talca y ramales.....	564 "
3.a Sección.—De Talca á Victoria y ramales.....	664 "
4.a Sección.—De Victoria á Osorno y ramales.....	393 "

Total..... 1,922 kms.

Lo que hace un total de mil novecientos veintidós kilómetros, que clasificados por sus trochas nos dan:

Trocha de m. 1.00.....	182 kms.
Trocha de m. 1.60.....	1,740 "

Total..... 1,922 kms.

Excusado nos parece añadir que cada una de estas secciones ó **Administraciones**, como las designa la ley, se incrementa año á año. Actualmente hay en construcción 1,045 kilómetros de ferrocarril, entre los cuales debo citar la vía longitudinal de Cabillo á Serena, por el norte, y Osorno á Puerto Montt, por el sur.

Antes de analizar el movimiento de explotación de toda esta red, pasamos á reseñar la historia de su desenvolvimiento.



El primer ferrocarril que se emprendió en Chile al sur de Atacama fué el de Valparaíso á Santiago, que une la metrópoli comercial con la capital de la República, en cuya empresa vemos figurar como iniciador y propagandista al ilustre Guillermo Wheelwright, cuya personalidad hemos dado á conocer al tratar del ferrocarril de Copiapó.

Es interesante conocer los detalles de la vía-crucis que tuvo en sus comienzos la iniciación de esta obra.

En 1842 emitió Wheelwright por primera vez la idea de unir Valparaíso con Santiago por una vía férrea, y sólo después de cinco años de activa propaganda logró interesar en su empresa

á dos de las más altas personalidades de esa época: el general Don Francisco A. Pinto y Don Manuel C. Vial, Ministro del Excmo. Señor Don Manuel Bulnes. Patrocinado por estos dos ilustres ciudadanos, logró que el Gobierno oyera su proyecto y que pasara posteriormente (1847) un Mensaje el Congreso pidiendo la aprobación de las bases de concesión otorgadas á Wheelwright.

En la sesión de 23 de Junio de 1847 se entró á la discusión general del proyecto de privilegio solicitado por el Ejecutivo, apoyándolo con calor é interés el Ministro del Interior, Señor Manuel C. Vial.

El presidente del Senado, Don José Miguel Irarrázaval, aunque no se opuso á la idea fundamental, estimó que el Estado no estaba en situación de aceptar el proyecto, pues la garantía de 5% que en él se reconocía al capital de construcción, estimado en \$ 6.000,000, era una carga muy pesada para el erario, y que antes que todo estaba la obligación de pagar las deudas que pesaban sobre el país.

El Ministro Vial manifestó que él creía que la garantía sería sólo nominal, pues el ferrocarril dejaría una utilidad cierta y positiva, dados los cálculos que se habían hecho.

El Señor Irarrázaval insistió en sus observaciones y añadió:

—Por otra parte, el ferrocarril va á dar un golpe de muerte, va á arruinar las empresas de birlochos, tropas y carretas...

Es curioso anotar que igual observación se hizo á Stephenson en la Cámara de los Comunes cuando propuso la construcción del primer ferrocarril que hubo en el mundo, á lo que el ilustre sabio contestó con las siguientes palabras, que entonces parecieron una burla:

—Cuando mi ferrocarril sea un hecho y se generalice su uso, todas las carretas de Inglaterra serán insuficientes para acarrear á las estaciones la carga que debe transportar. Más todavía, llegará un día en que sea más económico andar en ferrocarril que

(*) "Los Ferrocarriles de Chile", trabajo presentado en el Congreso Científico Pan Americano.

á pié y entonces se comprenderá lo ridículo de las objeciones que se me hacen.

La Comisión legislativa pareció aceptar este raciocinio, pero agregó esta infantil objeción:

—Su proyecto nos parece bueno; pero tiene el inconveniente de que, si la máquina encuentra una vaca en el camino la destrozará, lo que, como Ud. comprende, sería muy lamentable.

Stephenson miró con compasión á sus jueces y contestó con sorna:

—Yes, very painful for the cow. En verdad, sería muy lamentable para la vaca.

Citamos estos hechos para manifestar que no sólo en Chile se han hecho observaciones ridículas al primer establecimiento del ferrocarril.

Continuando con el debate en el Congreso chileno, añadiremos las observaciones formuladas por el Senador Don Juan F. Meneses sobre que el ferrocarril iba á producir "una quiebra en los intereses de la mayor parte de los habitantes, porque sólo van á ser privilegiados con él los productos de Santiago, perjudicándose así los frutos de las demás provincias, de manera que no valdrán nada en el mercado".

El Ministro Vial contestó que el interés de la mayoría del país no podía posponerse al de unos pocos, é hizo una extensa disertación sobre la utilidad é importancia de la Empresa que se trataba de ayudar.

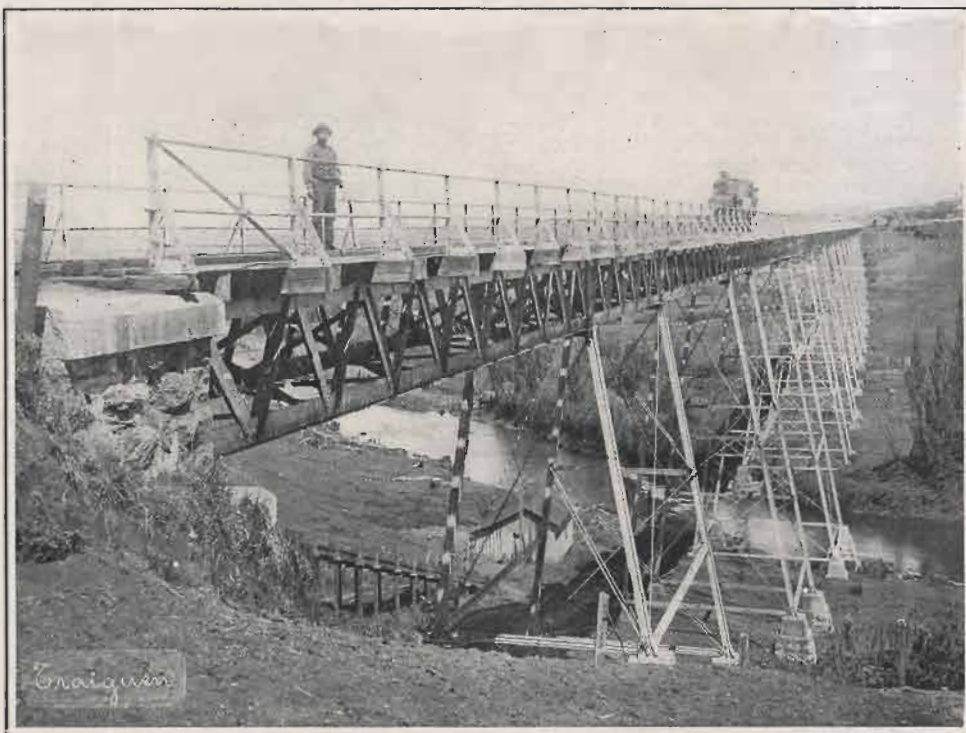
En la sesión del 30 de Junio continuó el debate y entró á combatir el proyecto el Senador Vial del Río, quien declaró que no había podido convencerse de las ventajas que nos traería el ferrocarril; que no se habían presentado datos estadísticos suficientes y que ni siquiera se conocía el trazado que debía seguir.

El Ministro Vial y el Senador Don Francisco A. Pinto refutaron victoriosa y lucidamente las observaciones anteriores, lo que dió margen á un nuevo discurso del Señor Irarrázaval, quien terminó con estas palabras:

—Pero el ferrocarril á qué conduce? No es más que el ve-

tud las observaciones de los Senadores que combatían el Mensaje hasta que, por fin, en sesión de 28 de Julio fué aprobado.

Mientras tanto Weelwright se había embarcado para Europa con el objeto de buscar en Inglaterra los capitales necesarios para la realización de su empresa; pero el estado de agitación producido por la revolución francesa de 1848 hizo fracasar su comisión, por lo cual la Cámara de Diputados no se dió prisa



Puente de Traiguén

en despachar el proyecto, que sólo vino á ser ley de la República en Junio de 1849. Como se ve, la resistencia que encontró el proyecto en ambas Cámaras fué relativamente débil y en todo mucho menor que la que tuvo la ya recordada línea de Manchester á Liverpool, de Stephenson, que fué rechazada en el Parlamento inglés por 19 votos contra 13. Igual cosa, por lo demás, había acontecido con el primer ferrocarril que se proyectó en Francia, que mereció, de espíritus tan cultivados como Thiers, esta frase:

—Es apenas un juguete con que quieren regalarse los parisienses.

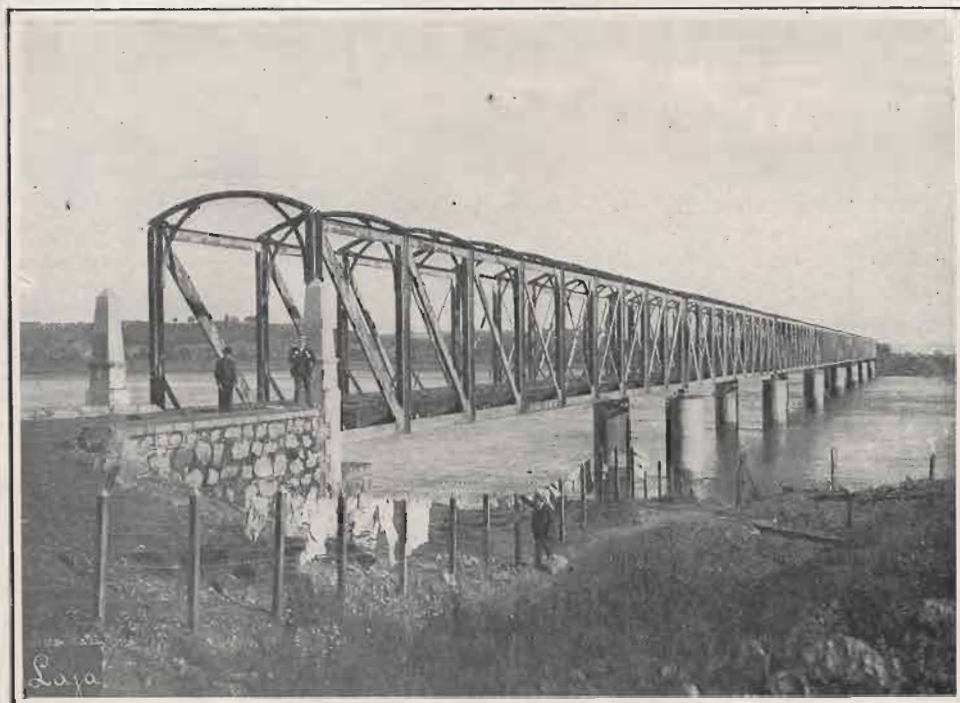
Es curioso así mismo recordar las siguientes objeciones, hechas en la Cámara de los Comunes (1827) por los Honorables Stanley y Coffin, al tratar de la concesión Stephenson:

—¿Qué será de aquellos que deben viajar en coche propio ó de alquiler, como lo han hecho nuestros antepasados? decía el primero. ¿Qué harán los constructores de coches, los fabricantes de arneses, los cocheros, los posaderos y los criadores y tratantes de caballerizas? Sabe la Cámara el humo, el ruido, el desvanecimiento que ocasionará una máquina á doce millas por hora? ¿Ni el ganado que está pailando en las praderas podrá mirarla sin terror! El precio del hierro aumentará de 100% ó, lo que es más probable, se acabará ese metal.

—¿Qué va á ser de los que han invertido su dinero en la compostura de caminos? añadió Mr. Coffin. ¿Qué se hará dentro de las casas por cuyas puertas pasará resonando el silbido de una máquina que corre diez millas por hora?

Buen chasco se llevarían esos Honorables lores si se levantarán de sus frías tumbas y les fuera dado contemplar la velocidad vertiginosa de los actuales expresos.

En Octubre del año pasado (1908), un rápido de las Cataratas del Niágara á Chicago desarrolló una velocidad de ciento doce millas (180 kilómetros) por hora, ó sea diez veces más que la que tanto alarmaba á Mr. Coffin.



Puente del Laja

hículo de los bienes que se traen de otra parte. Se me dirá que se ahorra flete y que esta es una ventaja para la nación; más, pregunto yo, ¿esta ventaja va á quedar entre nosotros? Nó, señores, ese producto es para los empresarios.

Refutó al Señor Irarrázaval el ilustre y sabio Senador Don Andrés Bello, manifestando lo infundados que eran los temores que asaltaban á algunos senadores é hizo, al efecto, diversas citas de lo que pasaba en el mundo civilizado á propósito de estas vías de comunicación. Se renovaron después y con mucha acri-

Alfredo Valenzuela Puelma

DOE

EN la literatura contemporánea hay un libro particularmente sombrío y trágico, no tanto por su mismo tema y estilo cuanto por lo que sus páginas, más tarde, revelaron del estado de espíritu de su desgraciado autor cuando lo estaba escribiendo. Este libro es *Le Horla*, de Guy de Maupassant. Esta obra, cuando se publicó, pareció una fantasía algo macabra, bastante impregnada en el espíritu de Edgardo Poe, y por lo demás, muy lejos de ser el mejor libro de su autor. Pero, algunos años más tarde, se cumplió el sino fatal del pobre Maupassant; esta inteligencia tan clara, brillante y genial, zozobró en el abismo de la locura y se vió con espanto que esta fantasía de literato era la verdadera historia de los primeros síntomas de la enfermedad, de la lucha contra ella, de las angustias y quizás del desesperado esfuerzo para que todo quedara en el dominio de la literatura.

Desde que nos llegó la terrible noticia del accidente que había sufrido en París Alfredo Valenzuela Puelma, me obsesionó este recuerdo del libro aquel y del destino ulterior de Guy de Maupassant: ¡que luz siniestra vino a esclarecer muchos lados misteriosos de la vida del pobre Valenzuela, explicando ¡ay! tristemente, algunas rarezas, ciertos rasgos del desventurado artista, que muchas personas atribufan á genialidades ó á asperezas de carácter, cuando eran los primeros asaltos de la enfermedad, las primeras batallas que libraban en el profundo misterio del ser íntimo, en las ignoradas soledades que todos llevamos dentro de nosotros, la locura invasora y la conciencia espantada!

Todos los que le hemos visto en la intimidad de los últimos años pudimos notar que su nerviosidad, sus exaltaciones aumentaban, pero, que al mismo tiempo, sus preocupaciones cambiaban con mucha rapidez y frecuencia de tema y de objeto: las ideas políticas ó religiosas dejaban pronto lugar á las averiguaciones científicas ó médicas, y éstas, á su vez, á los ideales puramente artísticos, aportando él en todas estas evoluciones de sus preocupaciones, el mismo entusiasmo, la misma convicción y sinceridad: desgracias íntimas, cuyo origen no es permitido tocar pero que quizás un criterio elevado y noble podría atribuir á ciertos "malentendus" en el pasado, que el trágico "hoy" explicaría en parte, contribuían, sin duda, á mantener á Alfredo Valenzuela en una exaltación demasiado continua, y á orientarle siempre hacia un pesimismo que no reflejaba su verdadera naturaleza, entusiasta y llena de combatividad. Por el lado artístico esta propensión al entusiasmo y á la combatividad, cualidad insuperable en los grandes centros intelectuales cuando está al servicio, como era el caso, de dotes artísticos de primer orden, se encontró aquí en la época de la juventud ardiente, en una atmósfera algo pesada, en un medio un poco estrecho y se usó y se gastó en luchas mezquinas y en roces odiosos. Así se explica la desesperación de un verdadero artista que veía de ese modo gastarse sus energías, perderse su tiempo,

sin poder dar forma á todo lo que sentía contenido en su alma y en su cerebro. Ciertas naturalezas privilegiadas son como las calderas de las máquinas de vapor: cuando no se les da la suficiente expansión, estallan!

✱ ✱

Alfredo Valenzuela era—que cosa más atroz tener que hablar en la forma del pasado ¡de un vivo!—era un pintor de gran escuela: dibujante correcto y sabio, conociendo todos los recursos del oficio y de la paleta, pero sin abusar de ellos para producir efectos fáciles, conservando, al contrario, una sobriedad y una seriedad propias de un verdadero maestro, todas sus obras se imponen por la solidez de la construcción y la conciencia y profunda "honradez" de su ejecución: esas cualidades son de las que hacen que las obras resistan á los caprichos de la moda, que en la pintura consiste en fórmulas que cambian muy amenudo, cada diez ó doce

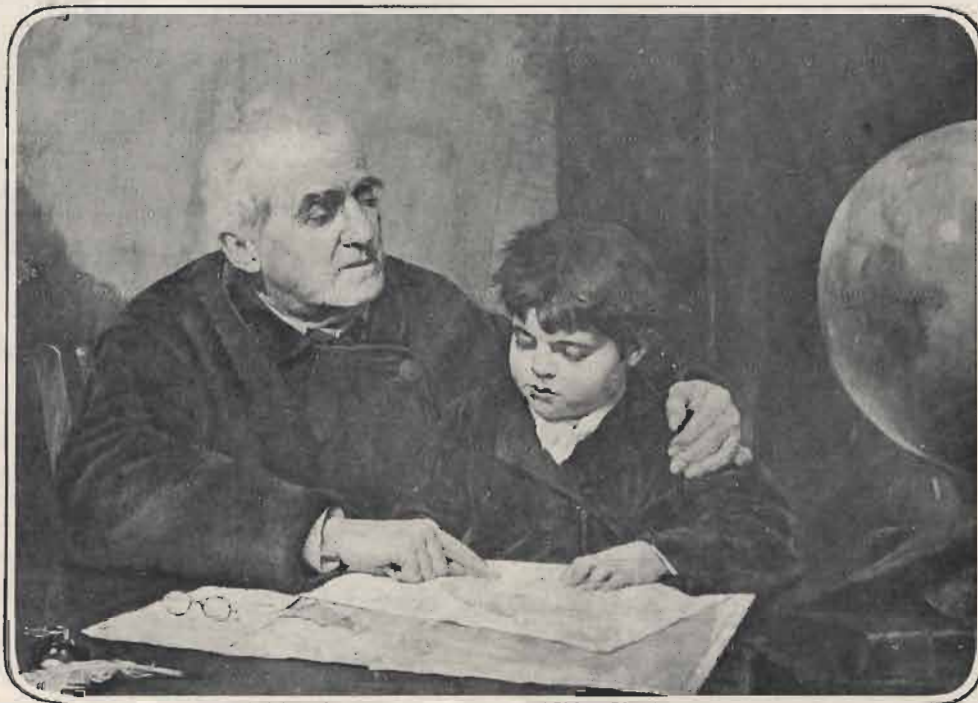
de ejecución material. Rafael y Rembrandt, viviendo en otras épocas, y en otros países, habrían seguramente pintado de una manera muy distinta de lo que hicieron, sin que sus producciones hubieran sido, por eso, menos geniales y soberanas: su cerebro y su corazón eran los creadores: al pintar, no pensaban sino en expresar, de la manera más intensa que les fuera posible, lo que concebían y soñaban: sus manos eran los esclavos de sus cerebros; desgraciadamente, después de ellos y ahora más que nunca, son muchas veces las manos solas que trabajan, aplicando fórmulas aprendidas casi mecánicamente, lo que hace que los cuadros presentados en una exposición por varios pintores de una misma generación tengan entre sí un aire de familia, lo que prueba, en sus autores, poca personalidad, poca distinción y poco orgullo, sin lo cual no hay arte ni artistas.

Valenzuela tenía esta conciencia y este orgullo artístico, y en él eso representaba un mérito tanto más grande, cuanto él tenía también una habilidad de mano asombrosa, que le permitía, cuando quería, hacer "pastiches" de cualquier pintor de las escuelas más diversas: en este orden de ideas ejecutó algunas copias de cuadros de Velásquez verdaderamente extraordinarias.

Pero, cuando pintaba una obra original, su voluntad y su conciencia de artista lo dominaba por completo, y todas sus obras se distinguen por este sello de honradez artística. En su carrera demasiado corta, y varias veces entorpecida por accidentes y sinsabores en su vida privada, abordó todos los géneros: pintura de género, pintura decorativa, desnudo, retratos, naturalezas muertas y paisajes, y en todos dejó telas de primer orden y algunas obras maestras.

Recuerdo la profunda impresión que experimenté poco tiempo después de mi llegada á Santiago, en una visita que hice á la iglesia de San Lázaro, cuyo *plafond* es, quizás, la obra más genial de Valenzuela Puelma: admirablemente proporcionada al edificio, lo que es una de las primeras condiciones para una pintura decorativa, esta obra reúne todas las brillantes cualidades de su autor, y se nota en ella, más que en ningún otro trabajo del pintor, una amplitud de ejecución y una delicadeza de armonía, una sabrosidad de colorido y una distinción, que la hacen digna de recordar á ciertos maestros de la Escuela Veneciana. Estas cualidades, la armonía rica y discreta y la amplitud, son tanto más notables cuanto que no son las que descuellan en las otras pinturas de Valenzuela, cuyo defecto sería más bien cierta sequedad y dureza.

Entre las otras obras principales y de gran aliento de nuestro pintor, las más populares son la *Perla del Mercado*, que forma parte ahora de la galería de don Eusebio Lillo, y la *Ninfa* que posee el Museo de Santiago. Estos dos cuadros, que son estudios de desnudos, confirman todo lo que dije antes de la conciencia y de la honradez artística de su autor, y revelan además la seguridad de su ciencia y



La lección de geografía, cuadro del Señor A. Valenzuela Puelma

años. Lo que no cambia es el estilo, el dibujo, el sello de un temperamento y de una personalidad. Todo lo demás, manera de expresarse, ejecución material y superficial es cuestión de moda, de la misma moda que impera en los mobiliarios, en los vestidos, sombreros, peinados de las señoras. Una mujer hermosa, bella, que siga ó no estrictamente la moda del día, conservará siempre su soberana belleza: las otras, las que no tienen sino los artificios de la moda, para conservar su centro de elegancia y de gracia, deben seguir todos los mandamientos de esta caprichosa diosa: sin embargo, las señoras tienen la ventaja de poder variar y estar siempre al corriente, mientras que un pintor, que confía para el éxito únicamente en la fórmula de moda en el día que emprende la carrera, está muy expuesto, cuando á los pocos, muy pocos años, viene á cambiar esta fórmula, á quedarse rezagado, perdido, y muy pronto anticuado: eso explica cómo, en todas las épocas, grandes maestros, dejaron detrás de ellos una cola de deplorables imitadores, cuyas obras, exagerando la manera del maestro, revelando, en cierto modo, los secretos de la cocina, podrían llegar á hacer casados hasta las mismas obras de este maestro, si el genio, justamente, no se eleva por encima de toda cuestión de moda y

la maestría de su ejecución: las líneas de los cuerpos desnudos de las mujeres son armoniosas y de una gran pureza, el colorido es agradable y discreto. Quizás ganarían estas telas en seducción, si el pintor hubiera consentido en hacer algún sacrificio, si, en una palabra, la ejecución no fuera demasiado igual y pareja: algunas veces un descuido, descuido aparente, contribuye a dar más sabrosidad a una obra, como un lunar en una belleza de tipo clásico. La hija de Jairo es un cuadro bien compuesto, dibujado y pintado sabiamente, una obra seria y duradera, y la Clase de Geografía, obra de juventud, presenta en germen las cualidades de seriedad, de carácter y de observación que caracterizan las obras posteriores.

Creo que si Valenzuela se hubiera dedicado exclusivamente a los retratos, sobre todo a los de caballeros, habría bastado para que hiciera una gran carrera; desgraciadamente, conozco pocos de los que ejecutó, pero uno de ellos es una obra tan superior, tan completamente admirable, que no necesitaría haber visto más para hacer la afirmación anterior: me refiero al retrato del pintor Mocchi, que considero una obra maestra, quizás el mejor trozo de pintura que posee el Museo de Santiago. Cada vez que veo esta tela, me deja más encantado; es de una intensidad de vida, de una robustez de ejecución, de una firmeza de construcción y de dibujo que no pueden ser superados, y la armonía general gris y blanco es de una distinción exquisita. Me dicen que un retrato del señor Blest Gana está a la altura de éste: puede ser, pero dudo que le sea superior. El de don Enrique del Campo, y varios otros que pintó Valenzuela en estos últimos años, tienen también preciosas cualidades, pero adolecen, a mi modo de ver, de cierta sequedad y frialdad, que no existen absolutamente en el de Mocchi. El estilo algo rígido y muy exacto de Valenzuela lo hacía menos apto para pintar

retratos de señoras, en cuya ejecución se necesita mucha interpretación y una fantasía que no cuadraba con el temperamento y las cualidades del artista.

Los paisajes ocupan, en la obra de Alfredo Valenzuela, un lugar muy importante e interesante. Supo comprender, como ningún otro, un aspecto tan característico y tan netamente chileno, como son las largas alamedas que cruzan todos los campos del país: le gustaba pintarlas con su ropaje de otoño y con efectos de sol ya bajo, cuando sus últimos rayos doran la punta de los álamos: tuve ocasión de ver algunos preciosos.

No quiero concluir esta rápida revista de la obra de Valenzuela sin mencionar un cuadro, por el cual el desgraciado pintor sentía un cariño especial, que hizo que nunca quisiera separarse de él, y se lo llevó en su último viaje: es una figura de Cristo, irradiando del pecho y del corazón una luz sobrenatural. Hay en esta obra algo extraña una intensidad de luz y cierto misterio que la hacen inolvidable cuando se la ha visto una vez.

La dificultad que tenía Valenzuela para separarse de sus obras es un rasgo bien característico. Yo sé, por un conducto muy seguro, que en Madrid el Gobierno español le ofreció, y con insistencia, comprarle un cuadro importante, un desnudo de mujer, y, a pesar de las ofertas halagadoras que se le hicieron, no quiso por nada consentir en venderlo, porque lo quería traer a Chile.

¡Pobre Valenzuela! Quien lo hubiera dicho hacia donde caminaba cuando, hace dos años, se embarcó para Europa, de una manera bastante original, si fué cierto lo que contaron: ¡lo habrían admitido como médico a bordo del vapor que lo llevó!

En los últimos tiempos de su permanencia en Chile, estaba completamente dominado por sus ideas de descubrimientos científicos para la curación de ciertas enfermedades, entre las cuales ¡ay! contaba

la locura! Eso me lo dijo personalmente a mí, en cierta ocasión en que me hablaba de sus trabajos en este sentido, de sus convicciones y de sus esperanzas: y con que entusiasmo hablaba de su proyectado viaje a Europa, donde esperaba ver bien acogidas sus ideas y sus teorías, al mismo tiempo que pensaba hacer un gran negocio con la venta de algunos cuadros antiguos que él creía, quizás con razón, de gran mérito: entre ellos había una Virgen con el Niño, el divino Morales, que me pareció, efectivamente, una pieza de museo de gran galería de pintores...

En las últimas noticias que se recibieron de este malogrado artista, se supo que había entrado en un período de tranquilidad y de descanso: por otro lado, el Gobierno ha acordado mandar a la Legación en París la cantidad necesaria para repatriarlo. Quién sabe si habrá todavía alguna esperanza de verle recobrar su salud y sus facultades. Recuerdo que hace unos veinticinco o treinta años, un artista francés, que tuvo su hora de celebridad y de triunfo, el pintor y caricaturista Andres Gill, cayó víctima de la misma enfermedad, que necesitó su internación en un manicomio; después de algún tiempo sanó y recobró bastante el uso de todos sus medios, para reanudar su carrera y presentar en el Salón de pintura cuadros importantes y que tuvieron éxito.

Quiero terminar este estudio sobre este débil rayo de luz y de esperanza. Si llegara a realizarse, el país entero se regocijaría y los amigos de Valenzuela experimentarían una inmensa alegría en su desgracia, porque él tuvo y tiene todavía amigos de una fidelidad y de una adhesión a toda prueba, lo que habla muy alto en favor de las condiciones personales del pobre gran artista. Una naturaleza vulgar o ordinaria no inspira tales amistades tan leales y desinteresadas.

Richard BRUNET

La Parábola de la Libertad

EN un remoto país del Norte, cierto hombre rico construyó un invernadero; era un ancho y magnífico invernadero, en cuyo cálido recinto se paseaba el dueño muy agradablemente, sin temor a la nieve y al hielo de aquel sombrío país septentrional.

Reunió muchas plantas y muchos arbustos, los más exóticos y brillantes, y trajo desde las islas tropicales las flores, las aves, los arbolillos más bellos que nadie puede imaginar.

La nieve caía sobre los cristales del invernadero, el viento helado los azotaba con furia; pero bajo el viento y la nieve, los polícromos papagayos se columpiaban en las dentadas hojas de las palmeras, y los relucientes colibríes, semejantes a joyas de oro y esmeralda, libaban la morada flor de los bananos. Había también en un rincón del invernadero un pino, un esmirriado, medio seco y lamentable pino, que hacía allí dentro el más ridículo papel del mundo, entre tanta y tan lozana vegetación; y en las humildes ramas del pino colgó su modesta guarida un aguilucho, que estaba como encogido y avergonzado de verse ante unos pájaros tan relucientes y vivaces.

El dueño cuidaba con esmero su jardín, y las plantas, así como las aves, crecían de un modo encantador. Los arbustos abrían sus grandes flores lo mismo que en las selvas natales; las ramas se extendían por todo el invernadero, robaban toda la tierra, se metían por los rincones, formaban una especie de selva tropical; las aves se reproducían también prodigiosamente.

Entre tanto aquel pobre pino languidecía en aquel ambiente pesado y caliginoso. El aguilucho se pasaba las horas metido en las ramas del pino, talvés soñando con las infinitas estepas y con las peñascosas montañas...

Pero sucedió un día que el dueño del jardín se murió. Los he-

rederos abandonaron aquel raro juguete, y nadie pensó en cuidarlo, hasta que el viento y la nieve se encargaron de destruirlo. Y vino una tempestad tan furiosa, que se derrumbó la techumbre de cristal, metiéndose el ventarrón por todo aquel lindo jardín.

Las plantas y las aves sintieron un pánico de muerte. ¡Qué frío, qué viento, qué violencia tan inusitada! Las palmeras ple- gaban sus copas; las hojas de los bananos caían como harapos repugnantes; las flores hufan, arrebatadas por el viento; los papagayos no sabían dónde ocultarse, y los diminutos colibríes, ciegos de terror, morían repentinamente. Por la noche bramó la tempestad con nueva furia, y cuando despertó la pálida aurora, todas las flores, todas las aves habían muerto.

Pero el esmirriado pino se desentumeció, estiró sus ramas, se hizo fuerte; la primera ráfaga de la tempestad le hizo conmo- verse hasta la punta de las raíces. La nieve le cubría con su blancura, el viento lo azotaba... ¡Cómo se estremecía el alegre pino bajo las caricias robustas de los elementos! Y sucedió que se hizo muy grande en muy poco tiempo, y ocupó con sus raíces todo el espacio del antiguo invernadero.

¿Y el aguilucho...? Esta pobre águila se escapó tan pronto como el invernadero se vino abajo; y no paró de volar en muchos días; y se subió a las montañas, recorrió la llanura, voló a merced del viento. Se hizo grande, fuerte, poderosa... Cuando por la noche volvía de sus largas expediciones, solía venir donde el pino, y en su rama más alta, bajo la libre esfera del cielo, plegaba sus valientes alas, y allí dormía.

José María SALAVERRIA

UNA BELLEZA BRITANICA





FRONTÓN DEL MUSEO DE BELLAS ARTES DE SANTIAGO DE CHILE.—Proyecto del Señor Coll y Pi

VELADAS

LAS recientes investigaciones de la prensa y de la policía han establecido que el juego tiene en Santiago un desarrollo que no guarda proporción con el grado en que se hacen sentir aquí las causas que habitualmente generan este vicio, ni con la cifra de la población. El número de garitos es extraordinario, y todos ellos explotan una concurrencia bastante crecida para asegurarles una existencia lucrativa. Cualquiera que sea la importancia que se dé al juego mismo, la energía de su propagación tiene necesariamente que sorprender á quien la observe y procure encontrar las razones inmediatas y permanentes de esta pasión. La policía, ó más exactamente, la justicia en lo criminal no molesta á los empresarios de garitos, y esta inapreciable complicidad basta para explicar la multiplicación de las empresas que despojan á toda clase de clientela, del frac al poncho; pero el garito no es más que la tentación, el llamamiento á la culpa, y falta saber todavía por qué son tantos los que ceden á la provocación y se dejan explotar.

La estadística del juego,—si así puede llamarse un resumen de informaciones incompletas y dispersas,—tiene, á pesar de su deficiencia, algo de fatal y deforme, como nuestras sobrecogedoras estadísticas de la mortalidad y la embriaguez. Hay también, en cuanto es posible señalar semejanzas entre lo físico y lo inmaterial, mucho de parecido entre la pocilga infecta y abominable, en que se degenera el proletario y en que sus hijos nacen agonizantes para llorar un rato y morir, y el garito en que se pervierte la juventud, en que se vuelve neurótica y en que acumula pérdidas morales, harto más irreparables y dolorosas que la pérdida segura, matemáticamente demostrable, de su dinero,—ó del ageno.

Expediente en todo caso inescrupuloso para adquirir dinero sin trabajar, y que, junto con ser un medio irregular de adquisición, despierta inevitablemente, y con motivo, la idea de una inversión irregular de lo adquirido, el juego es uno de los productos característicos de las civilizaciones intelectuales intensas, refinadas y voluptuosas, que embotan las energías físicas y morales. En el rápido y visible auge de nuestra cultura, y en consecuencia de un sensualismo más bien importado que espontáneo, superior á los elementos de satisfacción que aquí encuentra, puede hallarse en parte el germen de la anómala amplitud que tiene el juego; pero, como lo hemos insinuado, existe una considerable desproporción entre esa causa y el efecto, entre el grado efectivo de nuestra cultura y el grado en que se desarrolla el vicio, de modo que hay que mirar á otro lado.

Puesto que el juego extiende sus estragos hasta la sociedad más escogida, contando entre sus víctimas á jóvenes y hombres maduros cuyo nombre debería ser una valla en la pendiente, ¿no sería lógico buscar en la sociedad misma, en su modo de ser, en la falta de compensaciones para el cansancio y el fastidio inevitable de una vida monótona, la explicación de muchas caídas? Las señoras, y más frecuentemente las niñas, se quejan del Club,—además de las rifas de fonógrafos, de muebles, de mantos y de alhajas, se llama hoy "club" á todo lo que sustrae al hombre de su hogar,—las señoras y las niñas se quejan del Club, que las deja solas todas las noches: ¿no tienen talvez ellas mismas su parte de culpa, sin que por ello dejen los hombres de ser los más culpables? La mujer, inteligente y llena de atractivos para casar al hombre, carece después de arbitrios para retenerlo; como alguien ha dicho, sabe fabricar ligas, pero no jaulas.

El hombre se aburre en su casa; en media hora, en quince minutos, la charla del día queda agotada. Pocos maridos gustan del diálogo, muy pocos saben manejarlo, sobretudo cuando el otro interlocutor es su mujer; en general, aquí somos más bien taciturnos que charladores, á pesar de que más bien somos indiscretos que reflexivos. Entre tanto, los bailes, las comidas, todo género de fiestas y recepciones, no son más que la decoración, el excenario de la sociedad; la conversación es la sociedad misma, su esencia y su espíritu. El carácter de los pueblos se refleja en su manera de conversar; así, el francés es generalmente vivo, superficial é ingenioso; su conversación no enseña, pero entretiene. En la del inglés se encuentra siempre una idea dominante, una síntesis, que corresponde á su manera de comprender la práctica de la vida y al objetivo que él mismo se ha propuesto en la suya; hay siempre en ella una enseñanza ó una experiencia que recoger. El alemán es generalmente idealista, aficionado á teorías más ó menos abstractas, y su conversación presenta de ordinario puntos de vista nuevos, aún en los asuntos que nos son más familiares. Nuestra charla es insustancial y voluble, no tenemos ideas bien definidas sobre casi ninguno de los problemas que interesan al hombre; no se puede hablar sino con individuos que en diez minutos han agotado su caudal ideológico, ó con individuos que en diez minutos han destilado diez asuntos distintos, sin dejar residuo útil de ninguno.

Este vacío es más ostensible en la conversación de la mujer, no ciertamente porque ella sea menos inteligente que el hombre, sino porque es fisiológicamente inclinada á extremar las

cualidades y los defectos del medio en que vive. El frío, el calor, los sombreros, "las confecciones", las futilidades del momento, no pueden retener á los maridos ni á los amigos de la casa. En lo único en que suelen brillar algunos destellos vivos y profundos, de un vigor y una sagacidad de observación sorprendentes, es en la crítica y aún en la maledicencia, siempre más ingeniosa é impulsiva que mal intencionada. El que en este país quisiera hacer de los salones un documento social, y juzgar de la mujer por su conversación en ellos, se quedaría sin sospechar lo que ella es y lo que vale, y, ¡cuán profundo es el contraste que forma el tesoro moral que oculta su silencio y la insignificancia que exhiben sus palabras!

La esterilidad de la conversación hace naturalmente el desierto en los salones. Las visitas son cada día más el cumplimiento de un deber social, cuyos atractivos han ido perdiéndose hasta no quedar ya ninguno para los individuos que llegan á la edad en que se pierden también los gustos que son privativos de la juventud, y en que hay que reemplazarlos por otros cuyo goce no requiera una decoración primaveral. Si se interrogase á los que todavía cumplen atentamente con el deber de visitar, y si ellos respondiesen con franqueza, se vería que ya nadie visita por agrado. El día en que una convención social estableciera que las tarjetas reemplazan en todo caso á las personas, las visitas quedarían casi totalmente abolidas; sólo se cultivarían entre señoras, á la entrada de las estaciones, como irremplazable pretexto para lucir trajes, sombreros, abanicos, pieles y otros objetos que tienen en los salones su centro natural de exhibición.

Hasta qué grado la frecuentación de los salones contribuye eficazmente á formar el carácter y el alma de la juventud, á refinar sus sentimientos y sus hábitos, á elevar su pensamiento y sus aspiraciones, á infundirle y ennoblecer sus ideales, aménudo á decidir de su porvenir, es punto excusado de demostrar; y hasta qué grado nuestra juventud va decayendo de sus tradiciones caballerescas, relajando el culto externo de la mujer, olvidando las formas delicadas y respetuosas en sus relaciones con ella, es punto que las niñas de hoy pueden deplorar por personal experiencia. En el alejamiento de los salones, los jóvenes van despojándose de las cualidades delicadas, pero viriles, que constituyen la poesía y la fuerza de los lazos que los unen á la mujer, por pasajeros que sean; áridos, toscos aún, sin los adornos que parecen accesorios pero que son la esencia misma de los años juveniles, hacen recordar las palabras del apóstol:—*arbores autumnales, fluctus despumantes, nubes sine qua*. Eso son hoy nuestros jóvenes:—árboles sin hojas, olas sin espuma, nubes sin agua, jóvenes sin savia de juventud, que desdennan las virtudes íntimas que en verdad no hacen falta en la vida de los negocios, pero que son indispensables en la vida social, este libro del cual el último y más hermoso capítulo es la vida del hogar formado por uno mismo.

Haciendo agradable la estadía en los salones, ensanchando su esfera de acción y de atracción, hoy tan restringida, quitando á las visitas su carácter exclusivo de obligación que se paga y dándoles el de un placer que se busca, como antes fué, es probable que muchos hombres no vacilarían en sacrificar algunas noches el billar, el rocambo, la poker, y la charla de "hombres solos" por una atrayente y amena velada con señoras. Para ello es preciso convencerse de que la conversación no es un simple adorno, no sólo una cualidad plausible, sino una condición resolutiva, la necesidad primera de la vida social, y que donde ella no se cultiva brota el aburrimiento.

"No hay nada, dice un moralista, que no pueda temerse de una sociedad que se aburre; no hay nada que no pueda im-

nérsele". Cuánto puede temerse, lo muestran los innumerables garitos que, con el nombre de clubs sociales ó políticos, son empresas exclusivas de juego; cuánto puede imponérsele, lo revela la estabilidad floreciente de las tandas, manifestación próspera, y por largas temporadas única, de nuestra cultura artística. Se dirá, por una parte, que á los garitos no van sino los individuos que no tienen acceso á los salones, ó los que no merecen ser atraídos á ellos; y, por otra parte, que á las tandas no se va á rendir homenaje al arte sino á pasar el rato. Es un error: la policía da testimonio oficial de que en las mesas de juego ha encontrado siempre, como abonados asiduos, á muchos caballeros y jóvenes, á muchos niños también, que pertenecen á familias de las más distinguidas de nuestra sociedad, y es eso precisamente lo que tan duramente ha herido el sentimiento público; y en cuanto á las tandas, son muchos los que creen sinceramente que eso es arte, sobretodo arte dramático, y que no sienten, en este orden de necesidades ó placeres intelectuales, la carencia de satisfacciones más sólidas.

No pretendemos que la falta de atractivos sociales sea el origen inmediato, ni siquiera la causa principal del desarrollo del juego; sólo decimos que esa causa puede contribuir á la caída, sobretodo en una parte de los que caen, y especialmente en la parte que hace más deplorables los estravíos. No creemos tampoco que con dar á los salones la amenidad que les falta y la influencia educadora que deben tener, se extirparía la pasión del juego, y junto con ella los múltiples vicios de que es fecundo germen; pero creemos que es por lo menos útil recordar á los que se quejan que las llagas sociales no se combaten con estériles lamentaciones. La indolencia efectiva de los que deploran un estado de cosas sin hacer nada por reaccionar, es el estímulo más seguro para que ese estado de cosas pase muy pronto de la tolerancia á la imposición, y de la existencia futura á la ostentación invasora. El remedio específico en este caso es la acción enérgica, inflexible y reveladora de la justicia ordinaria; pero la acción de la sociedad es su complemento, y sirve de excelente preventivo.

Por lo demás, el mal que aquí anotamos no es privativo de nuestros hábitos ni de nuestra sociedad. En un Manual de Conversación escrito en diversos idiomas "para el uso de los viajeros", hay un capítulo titulado "Las Visitas", que comienza así:

Un domestique.—Monsieur et Madame N...

Un sirviente.—El señor y la señora N...

A servant.—Mister and Mrs. N...

Un servo.—Il signor e la signora N...

Sigue la misma frase en alemán, en portugués, etc. Y en todos los idiomas, como si fuera la consecuencia obligada y mundial del anuncio hecho por el sirviente; y como si ello fuera lo primero que hay que aprender á traducir, por ser lo primero que debe precisamente decirse en todos los países civilizados cuando llega una visita, la dueña de casa esclama, tiene que esclamar necesariamente, según el Manual:

—*Quel contretemps! Combien de visites ennuyeuses ne faut-il essuyer tous les jours!*

—*How annoying! How many tiresome visits one has to endure every day!*

—*Qual contrattempo! Quante visite noiose bisogna pur sopportare ogni giorno!*

Hojeando hoy ese Manual para buscar la frase italiana que necesitaba, correspondiente á una española, encontré por casualidad las líneas con que comienza el capítulo de las Visitas. Hay en ellas una filosofía social tan sugestiva, que me pareció que valían la pena de proponerlas como tema de meditación.

JACOBO EDEN.



MENDELSSOHN (1809-1909)

A mi amigo Alberto Mackenna Subercaseaux

La sencillez, la verdad y la naturalidad son los grandes principios de lo bello en todas las producciones artísticas.

C. W. Gluck.

AQUÍ, donde son pocos los cultores del verdadero arte, se hacen inaccesibles las alturas de los genios con el fin de decir algo, sin presunciones de docta y severa crítica. Sólo un amor sincero por lo bello, por el arte y sus intérpretes—esos discípulos de albísima túnica que desafían impávidos las mofas de los fracasados y de los ignorantes—puede darnos aliento para afrontar tamaños escollos. Pero como se nota un hermoso despertar, magníficas disposiciones para el recibimiento de las auroras de las nuevas tendencias artísticas de nuestra sociedad, creemos que los rasgos biográficos del gran músico alemán **Félix Mendelssohn Bartholdy**, cuyo centenario acaba de celebrarse, merecerán la benevolencia de los lectores de "Selecta".

En todas las manifestaciones de la actividad humana es siempre un acontecimiento la fecha en que vino al mundo un apóstol de su grandeza. Las artes y la ciencia forman una cadena de eslabones de oro que sostiene Dios, desde sus dominios como artífice de poder inmaculado, y el genio del hombre en la tierra.

Por eso, toda vez que se agitan los aquilones de la gloria y que sacuden al mundo con el eco de sus sonos, los soldados de la cultura se buscan y se juntan. ¡Es tan hermosa la religión del arte! tan nobles y humanas sus campañas; tan verdaderos sus principios y los fines que persigue en el progreso de las sociedades! En rededor de la fecha del centenario de Mendelssohn se han reunido, en ambos mundos, maestros y alumnos, señores de la pluma y de la crítica, con el fin de conmemorarla dignamente, tributando a su memoria los homenajes de sumisión y de respeto a que se hizo acreedor por la precocidad de su talento y el mérito de sus obras.

Entre nosotros, el 3 de Febrero, fecha del nacimiento de Mendelssohn, pasó desapercibido, en apariencia, porque nada público hicieron los pocos artistas con que Chile cuenta; pero en la intimidad se le recordó, se habló de él, se ejecutaron sus obras, se le aplaudió venerando su memoria, con el mudo recuerdo que siempre tienen los corazones de artistas para los impulsores de la soberanía del arte.

El año 1809 es célebre, entre otras cosas, por el nacimiento de Mendelssohn y de Chopin, de Mariano José de Larra (Figaro), el fecundo y sagaz rey de la crítica española, en la época de oro de la literatura de la Madre Patria; y, por la muerte de Hayden, el clásico músico entre los compositores, después de Haendel y de Bach, que formó escuela, modelo de método en la composición, de propiedad en la aplicación de los instrumentos a la idea, casi siempre tranquila, reposada y característica en el desarrollo de sus pensamientos musicales.

La natividad de Mendelssohn en Hamburgo puede considerarse como una época gloriosa para el arte alemán. Hijo de banquero, en medio de su educación científica, supo cultivar la música, siguiendo las naturales tendencias de su alma; y, en 1820, a los 11 años, aparece ya como compositor de óperas en un acto, de diversos "preludios", de un "Trio" para piano, violín y viola, y de una "Sonata", a pesar de que tomaba la música como un mero pasatiempo infantil...

En 1824, a los 15 años no cumplidos, recibió el verdadero bautismo del Teatro, en Berlín, con la representación de su ópera "Las bodas de Camacho", fruto de su precocidad que, aunque discutida, mereció los beneplácitos del profesor Moscheles, célebre pianista de aquella época.

Según Gino Monaldi, de la "Nueva An-



tología", de Roma, Mendelssohn ocupa el primer puesto, como fecundidad, después de Mozart y cerca de sus hermanos de precocidad, Schubert, Schumann, Weber, Hayden y Beethoven, por más distancia que haya, en la vida del arte, entre unos y otros. En la primera edad, Mendelssohn demostró el *quid divinum* que otros no alcanzan ni a los 30 años.

En 1825 y 1826 dió a luz varios "cuartetos" para piano, violín, viola y violoncello, algunas "sonatas" y diversos "lieder", al mismo tiempo que visitaba Berlín, Londres, París y Roma.

Fue una fortuna para él su estadía en 1830 en la ciudad de los Papas. Era Ministro Prusiano, a la sazón, el Barón Bunsen, lo que le permitió introducirse en la alta sociedad y cultivar relaciones con cuanto de valer había en la corte pontificia en materia de arte, hasta llegar a subir los escalones de la Capilla Papal en brazos de su amistad con Bajori, Director de la mencionada capilla, y hacerse concertulio del abate Santini, musicólogo que a su saber unía el mérito de ser dueño de una de las bibliotecas de música antigua de mayor valor.

En 1833 aparece en Dusseldorf en calidad de director, unido al literato Innermann con el propósito de poner en escena obras de aliento. Poco antes había compuesto una "Cantata" que le dió celebridad: "La noche de Valpurgis" y que se ejecutó con aceptación general en las grandes fiestas musicales de su patria; una "Sinfonía" en la, cuyo "Saltarello", según Félix Clement, es lo más vivo y electrizante que haya producido un autor alemán, a excepción del coro de los Derviches, de "Las ruinas de Atenas", del inmortal Beethoven, perfección del divino arte y faro inmenso del sinfonista.

Leipzig, ciudad de artistas, uno de los mayores centros musicales de Alemania, debe a sus esfuerzos, la nombradía de que goza en el desenvolvimiento musical la patria de Wagner.

Debido a su cultura literaria, supo inspirarse en las tragedias de Racine y dió al mundo "Athalia", que encierra trozos de gran valor, coros bellísimos, dúos de inspiración y una marcha orquestal de efectos soberbios. Siendo muy joven, se encontró en Roma con Berlioz y nació entre ambos una enemistad poco consecuente con los sentimientos que debieran anidar siempre los sacerdotes del arte, pero tan humana, conocidas las críticas que Mendelssohn hizo en su juventud a las obras de Berlioz; aunque, en 1843, en Leipzig, supieron comprenderse, con motivo de la ida del maestro a dirigir su oratorio "La Damnación de Fausto". Ahí, en abrazo de reconciliación, Berlioz cedió su batuta al ilustre autor de "El sueño de una noche de verano", cuya sinfonía es de gran colorido, de purísima belleza y que junto con "La Gruta de Fingal", entre otras de este género, de pensamientos nuevos y originales, le dieron merecida fama de sinfonista.

Sería tarea de nunca acabar la enumeración de sus obras en los diversos géneros de la composición musical. Son demasiado conocidas de los que aman el arte, y sólo nos resta decir que fue un brillante pianista, un notable improvisador en el órgano, un eximio director de orquesta y un fecundo compositor, de gran cultura literaria, que le permitió saborear los clásicos griegos y latinos en el original.

Ante tales rasgos de genio hay acorchado para considerar a Mendelssohn Bartholdy como uno de los más grandes talentos que haya producido la Alemania en el siglo XIX.

Su muerte, acaecida en 1847, producida por un violento ataque de apoplejía, tronchó su preciosa existencia y su nombre ingresó de lleno al templo de la inmortalidad.

KEAN.

Santiago, Abril de 1909.

NOTA.—La mayor parte de los biógrafos afirma que el centenario de Chopin debe celebrarse en 1910; pero el crítico de "Le Figaro" de París, sostiene que el gran músico polaco nació en 1809.

N. del A.



“¡ADIÓS!”—Cuadro del Señor Dicksee

pero un hilo basta para mantener unidos á los que no desean separarse. Cuánto puede ganarse un artista valiéndose de los brillantes y coloridos trajes de antaño, es cosa que se revela en las pinturas que mostramos ahora. Después del modelo, de la postura y del traje apropiado, el título feliz es acaso lo de mayor importancia. El cuadro del Señor León Morán lo prueba suficientemente. El Señor Morán es un pintor americano, á quien su padre y su madre consagraron durante largo tiempo al estudio de un género encantador, relacionado con la época colonial. Vemos el interior de una hospedería campestre. La arquitectura de la pieza y de las ventanas anticuadas revelan que no es de construcción moderna; los viejos candelabros han debido servir probablemente á muchas generaciones de ocupantes. El joven viajero, sin duda en camino de importante capital, se ha detenido á tomar algún refresco. No ha sido favorecido por la fortuna, á juzgar por el hatillo colocado en el suelo y que encierra al parecer todos sus bienes. Después de una comida frugal, pide la cuenta que le trae una hermosa muchacha.

Por salada que la cuenta le parezca, el ítem de “servicio inclusive” hace despuntar una sonrisa en sus labios. El cuadro estaba concluido desde hacía tiempo, cuando se le ocurrió al autor la leyenda que lo ha hecho popular en toda América: “El servicio está incluido”.

La historia de la vuelta del hijo pródigo es tan vieja como la literatura misma. Ha tenido frases varias, variantes infinitas, pero lo esencial del drama es siempre el mismo. Existe, por ejemplo, la vuelta del Doctor Primrose en el “Vicario de Wackefield” y la pintura del Señor Beckingham ha tomado sus trajes y caracteres de esa época.

Ahora encontramos aquí la huerta de un cura campesino. El clérigo protestante se encuentra sentado bajo un árbol añejo. Ha tratado y se ha ocupado mucho el hijo ausente; y han transcurrido los años meditando sobre los episodios posibles de su vida, desde que abandonó el suelo natal, para irse á tierras lejanas, donde se hallará sin amigos y con alimentos escasos. ¿Habrà muerto? ¿Volverá á oír esa voz que en tiempos más felices era su solaz y su alegría? Durante largo tiempo esperaron su vuelta, con la esperanza de que pronto hubiera de cansarse de la batalla de la vida; más la espera había enfermado su corazón y los años le habían sumido en el letargo de la desesperanza.

Entonces, de repente, en tanto que meditaba, los goznes rústicos del jardín crugieron y se hicieron oír pasos en la arena. Ni era el ardiente bullir de la juventud, sino el paso lento é incierto de un andar

UN pintor, en la expresión de un asunto, tiene la ventaja sobre un escultor de que este último ha de limitarse á la forma, tan sólo, en tanto que el pintor dispone del color y de la línea. Basándonos en este principio fundamental, encontramos dos escuelas en la moderna pintura. Una de estas escuelas cree que cualquier asunto, por vulgar ó monótono que sea—aún repulsivo—es digno de ser expresado, siempre que revele el temperamento ó la técnica peculiares del pintor. La otra escuela, por el contrario, cree que para ejecutar un cuadro el pintor necesita tener una pintura en su espíritu.

La escena que parece de interés en la vida real no se hace más interesante por ser trasladada al lienzo. Un pintor de este género gana en sus viajes ó adquiere con los ojos del espíritu las combinaciones de colores y los objetos apropiados á su pintura. Para él, un cuadro que no haya de ser generalmente admirado, que no procure placer al poseedor, que no sea interesante en la ejecución técnica, no es digno de ser pintado. Las escenas ó objetos incoloros, los hombres y mujeres sombrías tales como las vemos de ordinario en el mundo actual, tienen pocos atractivos para el artista que desea complacer á su generación.

“Escojo escenas de color”, decía Meissonier á un amigo, “porque yo soy un colorista. Si hubiera de pintar el pueblo actual, sería monocromo”.

“El pequeño incidente”, escribe C. E. Marshall, “expresado en mi cuadro “Pendiente de un hilo”, me fué sugerido de una manera accidental. Vivía en un antiguo castillo de Wiltshire, en el cual varias de mis obras fueron ejecutadas, y una mañana, arreglada ya la pieza que me servía de estudio, listos los pinceles y telas, provistos los modelos, me encontré sin asunto que tratar. Después de colocar á mis modelos en varias actitudes, sin que ninguna me agradara, abandoné el cuarto desesperado. A la vuelta, por casualidad, hallé que los dos modelos se habían colocado en la propia actitud que yo hubiera deseado para ellos y en la cual los pinté. Mi asunto estaba listo, y el cuadro se había hecho solo”.

Escenas y situaciones dignas del arte de un pintor se producen frecuentemente así. ¿No parece esto un cuadro? es frase que oímos á cada paso. No siempre, sin embargo, se encuentra á mano un artista capaz de aprovechar ese momento preciso y de inmortalizarlo en un boceto con pincel hábil y rápido. El Señor Marshall nos muestra el interior de una habitación de lujo. Sentada en el rebordo de la ventana ojival, á través de la cual se divisa el cielo espléndido y lo risueño de los campos, vemos á la pareja juvenil. Ella, en postura modesta, repasa hábilmente la rotura hecha en los encajes del puño del joven, en tanto que él contempla con mal disimulada admiración el efecto que ella le produce. Atado con un hilo, es verdad,



“LA JUVENTUD DE SIR WALTER RALEIGHT”.—Cuadro de Millais

gastado. Muéstrase entonces una figura, todavía familiar, que le hace contener el aliento. No dudamos de que la reconciliación subsiguiente se efectúe.

"Me vi llevado a la concepción de esta pintura", escribe el Señor Arturo Beekingham, "por el aspecto de una antigua casa y jardín de Middlesex, cerca de Chelmsford. Cuando vi aquel lugar le hallé apropiado para un drama doméstico, y estudié el escenario. Después de esto intenté co-gerlo, hasta que el asunto del hijo pródigo se presentó por sí mismo. Naturalmente el cuadro no fué pintado en aquel lugar, pero quedó en condiciones de hacerlo en mi propio estudio. La historia de aquel hijo ha sido tratada de infinitas maneras, y creo que siempre habrá de atraer á los artistas".

Fué el clamor de las tierras lejanas y el afán de aventuras lo que movió á Millais á trazar su cuadro de "la juventud de Walter Raleigh", en el cual nos muestra un rapaz de diez años cuya fantasía se enciende con las narraciones de peligros soportados y de triunfos eventuales en países distantes, más allá de los mares.

Pocos pintores podrían rivalizar con la maravillosa habilidad de Millais para pintar á los niños, y fué semejante facultad la que provocó en un crítico alemán el panegrico en que se revela la opinión continental respecto del arte inglés.

"Este mismo vigoroso intérprete de caracteres, nos dice, "maneja el pincel suavísimo del pintor de niños como nadie lo ha hecho. Nadie, desde los tiempos de Reynolds ó de Gainsborough, ha pintado con tanto carácter como Millais la deslumbradora frescura de la juventud inglesa, la enérgica actitud de la cabeza infantil, la belleza de una inglesita—cosas en las cuales es único".

No existe en ese cuadro exageración alguna ni esfuerzo para conseguir efectos. La historia es referida con la sencillez y el encanto natural más deliciosos. Vemos al joven Raleigh y á sus compañeros sentados sobre el farellón de piedra del puerto de Devonshire, con los ojos preñados de asombro, escuchando las maravillosas relaciones de viajes y aventuras que caen de los labios de un viejo lobo marino. Eran tiempos de excitación. El grande Oriente misterioso no se habfa abierto aún al comercio británico, y todo lo que sabíamos respecto de las lejanas tierras que se extendían más allá del horizonte era, necesariamente, limitado por las vagas relaciones provenientes de aventureros á quienes la ola de la vida arrojaba por aquellos parajes. No es de asombrarse, por lo tanto, que tales informaciones fueran ardorosamente recibidas por todos aquellos que diariamente pensaban en cruzar el Canal de San Jorge desafiando bravamente lo desconocido de los mares.

Un interés patético se liga al hecho de que los dos hijos de Millais, Jorge y Eduardo, le sirvieran de modelo para los compañeros de Raleigh. Ambos han muerto ya, y el más hermoso falleció en plena infancia, causando el dolor más agudo en la vida de su padre.

El cuadro de Schmutzler, "La hora del Baile", corresponde á un género diverso de pintura. Es de lo más variado, tanto en asunto como en colorido. La lección de baile ha servido de tema á millares de pintores, y ahora la vemos puesta, una vez más, en activo servicio. Las cuatro damas están ciertamente modeladas con finura, y sus actitudes con gracia, en tanto que su director carece de aquellos atributos que podrían hacerle persona grata. Sin duda tiene gran concepto de sí mismo, á juzgar por el gesto con que dirige el arco de su violín hacia sus lindísimas pupilas.

Pocos artistas han tenido más variada experiencia de la vida que el Señor F. D. Millais, cuyo cuadro "Entre dos Fuegos" presentamos. El Señor Millais es americano de origen, hijo de un doctor de Massachussets. Comenzó en el ejército del Potomac, se lanzó luego en el diarismo y fué corresponsal del *Daily News* durante la guerra turco-rusa. El arte le atrajo y se inició en Amberes.



"UN PURITANO EN PELIGRO".—Cuadro de Millais



"LA HORA DEL BAILE".—Cuadro de Schmutzler

El Señor Mollet tiene el ojo de lo cómico para las situaciones humorísticas, y saca gran partido de las situaciones equívocas en las cuales suelen caer los puritanos. En su cuadro nos presenta un señor muy grave, ansioso de dar las gracias por la comida que le traen, más se encuentra colocado entre dos lindas muchachas, y no sabe á cual de ellas dirigirse. Ellas comprenden su situación y le dirigen el fuego graneado de sus ojos.

Este cuadro fué exhibido en la Academia Real de Pinturas en 1892.

El cuadro del Señor Dicksee, "Adiós", presenta un colorido que no es del autor. Los tintes que ahora muestra le fueron dados por un amigo del autor que, con su consentimiento, los alteró en el tono del vestido.

La importancia de las tonalidades en pintura es considerable. El tono del fondo, de un detalle, puede traer el fracaso ó el éxito, y una leve variación de tinte puede producir un cambio completo del sentido general. Uno lee de artistas que tras de largo buscar un color, sin hallarlo, se desesperan. Pero un día, el reflejo accidental de un vaso de vino, ó otro incidente trivial, les da la clave de lo que tan ansiosamente buscaban. Un problema interesante se presenta: ¿qué sería de las obras maestras de nuestros museos si se alterara la gama de sus colores? El "Ganimedes" de Tiziano, ¿perdería si su velo flotante y rojo se cambiara en azul? Tenemos en el cuadro analizado ahora un asunto ya tratado por pinceles de miles de artistas. Una niña, vestida de rosado, da la mirada última á la casa que ya no será suya. Mañana la voz de un extraño habrá de escucharse en sus vestíbulos y salones, á los cuales se asocian los recuerdos de su infancia. Tendrá que dar una larga y dolorosa despedida á esos lugares que el tiempo y las circunstancias han hecho queridos. El perro fiel, á su lado, la comprende, y comparte el pesar de la partida.



EL CENTENARIO DE ESPRONCEDA

GARTH
JONES

NO ha sido uno de los acontecimientos literarios menos notables del año 1908 haberse en él completado, á las seis y media de la mañana del 25 de Marzo, la primera centuria desde el nacimiento del famoso poeta español, José de Espronceda y Delgado, el gran romántico que tan profunda huella marcó en la poética y la prosodia castellanas.

Durante mucho tiempo, y hasta ayer, nadie sabía la fecha exacta de su nacimiento; ignorábase el día, el mes, el año; pues ni rastro de fé de bautismo se había encontrado en archivos parroquiales de la villa, hoy ciudad, de Almendralejo en Extremadura, donde constaba que había nacido, único dato cierto que se tenía. Por fortuna ocurriole á alguien, no hace mucho, buscar el documento en otra parte, en el archivo del Vicario general castrense, donde en efecto el futuro poeta había sido bautizado, como hijo y nieto que era de coroneles en el ejército español.

Gracias á este hallazgo, se ha podido celebrar en España el centenario con segura confianza, sin las angustias por que hemos pasado cuantos nos habíamos empeñado antes en biografiar á Espronceda, forzados á escoger caprichosamente, á la ventura, uno de los tres años, 1808, 1809 ó 1810, entre los cuales oscilaban cuantos críticos ó biógrafos el poeta tuvo en España, sin osar ninguno aventurarse á tanto como sugerir el día ó el mes de su nacimiento, pues no había en qué fundar la menor conjetura.

La conmemoración se ha verificado por medio de fiestas en diversos lugares de la península española, sobresaliendo entre todas las del "Ateneo" en Madrid, presidida por la Condesa de Pardo Bazán, como Presidenta de su Sección de Literatura, y ella y otros conocidos literatos pronunciaron ó leyeron sendos discursos ó poesías. Acabó la solemnidad con la escena de la casa de juego del *Estudiante de Salamanca*, representada por alumnos del Conservatorio de Declamación.

Es muy probable que si la noticia de esta última parte de la fiesta hubiese podido llegar á oídos del poeta, allá en los Campos Elíseos, no le habría desagradado; pues en vida, como es sabido, escribió asociado con dos amigos diferentes dos piezas dramáticas, una en verso, otra en prosa, que tuvieron poco ó ningún éxito, mientras que la escena del *Estudiante* dicen que fué muy aplaudida en el "Ateneo". Dejó Espronceda además inédita entre sus papeles otra composición dramática, de interés é importancia mucho mayores, el "drama trágico" titulado *Blanca de Borbón*.

Lo que con esta última pieza ha sucedido merece en verdad ser relatado. Nadie hasta el presente conocía de ella más que los pedazos publicados por Patricio de la Escosura, como apéndice á un discurso leído en la Academia Española en 1870; así lo confirma el portorriqueño Antonio Cortón en la monografía interesante de Espronceda que dió á luz en Madrid el año 1906. Sin embargo, es lo cierto que la pieza había sido íntegramente publicada, más de treinta y cinco años antes, por Blanca de Espronceda, la hija del poeta, en un cuaderno de 117 páginas con este pie de imprenta: "Madrid, 1870.—Impresa por las nietas del autor.—Luz y Laura".

Es misterio inexplicable la suerte que parece haber corrido esta edición: sus ejemplares ó fueron muy contados ó desaparecieron, pues es rarísima; y Cortón, á pesar de vivir y escribir en Madrid, ni siquiera oyó hablar de ella. Por esta razón, cuando un curioso norteamericano, Mr. Phillip H. Churchman, miembro de *The Hispanic Society of America*, que existe en la ciudad de Nueva York, preparaba un trabajo bibliográfico acerca de

Espronceda,—trabajo que es el mejor homenaje rendido á la memoria del poeta en este centenario, y única y verdadera piedra fina engastada en la corona que ahora se le ciñe,—solamente pudo, al cabo de pesquisas infinitas en bibliotecas públicas y privadas, dar con un ejemplar, rara avis, que le mostró, que le prestó, don Adolfo Bonilla y San Martín.

Pero el erudito angloamericano contaba también con otros valiosos elementos para realizar su deseo de hacer algo importante en favor del poeta, publicando una buena edición crítica de la tragedia y salvándola para siempre. Había descubierto en el Museo Británico de Londres dos manuscritos de *Blanca de Borbón*: uno, todo de letra de Espronceda, pero falto de una escena, la primera del acto primero; y otro completo, escrito por manos diferentes, pero con numerosas correcciones entre líneas de letra del mismo autor. Sobre estas bases, y con el auxilio de un manuscrito más, de letra y origen desconocidos, curioso en virtud de ciertas diferencias con los anteriores, y que le facilitó de su biblioteca particular el Señor Menéndez y Pelayo, emprendió Mr. Churchman la tarea de ordenar un texto auténtico y verdaderamente crítico, con todas las variantes al pie de las páginas. Salió así en el número 52 de la *Revue Hispanique*, publicación trimestre, que bajo los auspicios ahora de la *Hispanic Society* dirige en París desde 1894 el Señor R. Foulché-Delbosc. Acompañan al texto, á más de una introducción aclaratoria, tres apéndices importantes: el primero ofrece catorce composiciones ó fragmentos, inéditos, copiados de manuscritos de la Biblioteca Nacional en Madrid; de ellos los diez últimos en verso, pero ninguno notable. El segundo es la bibliografía de Espronceda, primera que se hace y trabajo de valor permanente. El tercero trata únicamente de la novela *Sancho Saldaña*, para rectificar errores graves cometidos por Antonio Cortón en lo que sobre esta obra dice en la monografía antes citada. Ocupa todo ello 228 páginas en octavo grande de la *Revue*, sin contar ocho planchas en que se reproducen páginas de los borradores de *Blanca* y de manuscritos, indudables de Espronceda, para servir al cotejo de las diversas letras.

No es *Blanca de Borbón* una obra importante, pero con ser de Espronceda de sobra tiene para llamar la atención; ni podía nunca ser de desdenarse una producción extensa de poeta con dotes musicales tan extraordinarias y estro tan poderoso como el suyo. Leyéndola ahora, entera, por primera vez, produce impresión muy distinta de la que dejaron los pedazos dados á luz por Escosura en 1870. El argumento es siempre endeble, sus elementos más ajustados, los personajes con poca vida; y la intervención ultrarromántica de la Maga Africana y de su hijo el asesino, ni convence ni interesa, sino imprime al todo un carácter de frenética violencia tanto en el estilo como en la marcha y desarrollo de las escenas. Viene á resultar en realidad de verdad un drama patibulario con apariencias de tragedia á la usanza clásica. Cuando lo escribió, distaba mucho Espronceda de la maestría á que llegó en *El Diablo Mudo*; pero ya el lenguaje claro y enérgico, la versificación sonora y robusta lo anuncian seguramente.

Si del entusiasmo despertado en la patria de Espronceda con motivo del centenario, resultase lo que hasta ahora no ha habido: una edición completa de sus escritos en prosa y verso, no desordenada, deficiente y llena de incorrecciones como la que Escosura y la hija del poeta comenzaron, podrá decirse que esta conmemoración produjo al menos algo más que ruido vano de palabras, al revés de tantas otras.

Enrique PÍSELYO

París, Abril 1908.



C. de Palezieux.—PERDIDOS.—Grabado en madera por León Bazin

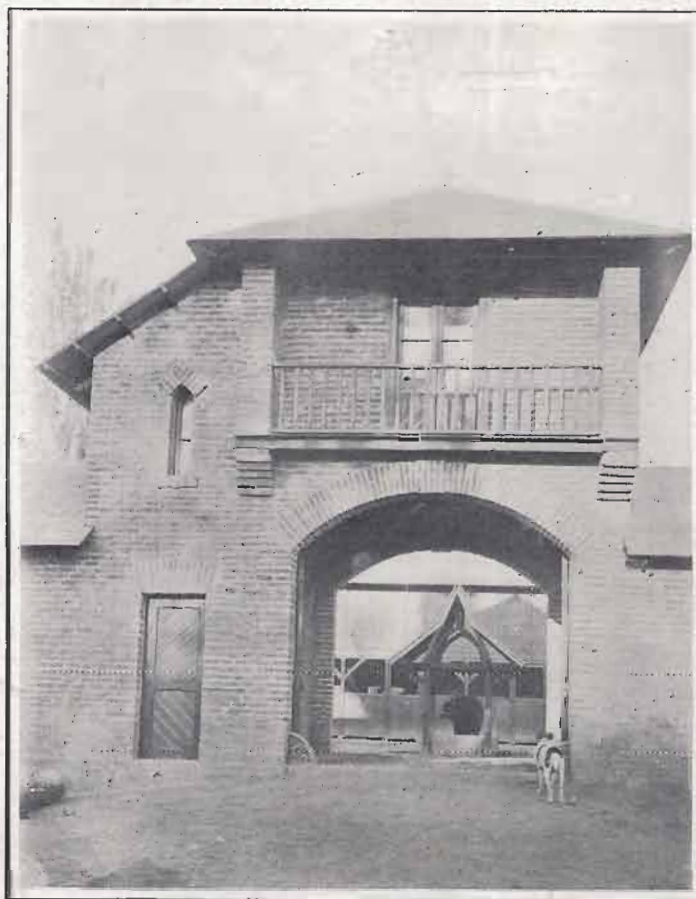
La Vida en el Campo



Entrada á los corrales de San Juan

LOS alrededores de Santiago se han convertido en un verdadero jardín, tan completo y perfecto es su cultivo. Los vastos campos cercanos á la capital son los que principalmente surten sus necesidades en materia de legumbres y de chacarería; sus labores son ejecutadas con el mayor esmero, y comienza á diseñarse en todas estas regiones, en las cuales el terreno es valioso, el cultivo intensivo que es el que rinde mayores utilidades.

Anteriormente hemos visto los fundos situados en la región de Pirque, y los terrenos del llano de Maipo, cuyo riego artificial honra á nuestra agricultura. Ahora vamos á ver un fundo en extremo interesante, situado en la línea del Ferrocarril á Melipilla, en la estación de Maipú. Presentamos diversas vistas del fundo "San Juan de Chena", perteneciente al Señor Don Antonio Valdés Cuevas. Son terrenos extremadamente valiosos, principalmente consagrados á la crianza de ani-



Establos normandos.—San Juan de Chena

males finos y á la industria del pasto aprensado.

Sus casas, de estilo moderno de Chalet de dos pisos, son cómodas á la vez que elegantes. Hay en ellas un hermoso hall, con chimenea monumental y grandes vitraux que hacen recordar los castillos de Escocia. Los establos, de estilo normando, son dignos de las mejores instalaciones europeas.

El Señor Valdés Cuevas, deseoso de seguir los últimos adelantos de la agricultura europea, no ha vacilado en invertir considerables capitales en sus instalaciones. Así, el establecimiento de pasto aprensado, con maquinarias de primer orden, tiene además un desvío propio de cerca de un kilómetro que lo comunica con las bodegas, y una línea de ferrocarril Decauville de mil doscientos metros. Esto disminuye considerablemente los costos de transporte y de producción: casi en un veinte por ciento.

Además de la industria del pasto aprensado, que tanto desarrollo ha tomado



Parque de San Juan de Chena

en Chile durante los años últimos, existe en Chena la crianza de ganado fino, importado por el Señor Valdés de Europa y de Buenos Aires.

Ha traído principalmente toros y vacas de la raza Lincoln, que se desarrolla en condiciones excepcionalmente favorables y resiste muy bien la tuberculosis, que tantos estragos hace en otras razas como la Durham. Estas vacas son excelentes lecheras; algunas han llegado a dar treinta y dos litros de leche.

Uno de los toros de este criadero ha sido premiado en varias exposiciones de Inglaterra. También hay varias vacas premiadas.

Asimismo ha importado el Señor Valdés potros percherones

lijeros de Francia y de la Argentina, con los cuales ha fundado ya un criadero importante. Siguiendo el sistema inglés, ha hecho grandes plantaciones de árboles en todos los potreros, en uno de los cuales existen dos mil cipreses. Tiene también Alamos Suizos, Macrocarpas, Fresnos, Encinas y otras variedades de árboles que procuran abrigo a los animales contra los fuertes calores de verano y las lluvias de invierno.

En estas condiciones, puede realizar engordas de manera excepcionalmente favorable y reproductiva.

Es un fundo cultivado a la moderna, con gran inteligencia y aprovechamiento de los métodos más nuevos y al día, up to the date.



San Juan de Chena.—Grupo de animales finos



MUSEO DE MILAN.—AMORES QUE DANZAN.—ALBANO

EL ABANDERADO

I

EL regimiento estaba en batalla sobre un repecho de la vía férrea, sirviendo de blanco á todo el ejército prusiano amontonado en frente, bajo el bosque. Se fusilaban á ochenta metros. Los oficiales no cesaban de gritar: "acostaos!" pero ningún soldado quería obedecer y el fiero regimiento seguía de pie, agrupado al rededor de una bandera. En ese gran horizonte de sol poniente, de trigos en espiga y de pastos de ganado, aquella masa de hombres, atormentados y envueltos en el manto inmenso de la humareda confusa, tenía el aspecto de un rebaño sorprendido á campo raso en el primer torbellino de un huracán formidable.

El hierro caía como una lluvia sobre el repecho en donde no se oía sino la crepitación de la fusilería, el ruido sordo de las gábatas rodando entre la fosa y las balas que vibraban eternamente de un extremo á otro del campo de batalla, como las cuerdas tendidas de un instrumento siniestro y retumbante. De tiempo en tiempo la bandera que se alzaba sobre las cabezas, agitándose al viento de la metralla, perdía entre el humo; y una voz grave y fiera hacía oír, dominando el estrépito de las armas y las quejas y juramentos de los heridos, estas breves palabras: "A la bandera, hijos míos, á la bandera"... Entonces un oficial, vago como una sombra, ágil como una flecha, desaparecía un instante entre la niebla roja; y la heroica enseña volvía á desenvolverse sus pliegues por encima de la batalla.

Veintidós veces había caído... Veintidós veces su asta, tibia aún, fué heredada de la mano de un moribundo por un valiente que volvía á levantarla. Y cuando, ya por la noche, lo que quedaba del regimiento—un puñado de hombres apenas—se batió lentamente en retirada, aquel pabellón ya no era sino un andrajo glorioso en manos del sargento Hormus, vigésimo tercio-abanderado de la jornada.

II

El tal sargento Hormus era un viejo tonto que casi no sabía ni escribir su nombre y que había empleado veinte años en ganar los galones que adornaban la manga de su casaca. Todas las miserias del expósito y todos los atontamientos del cuartel se reflejaban en su frente baja, en su espalda abovedada por el saco, en su rostro inconsciente de soldado humilde. Además tenía el defecto de ser algo tartamudo; más para ser abanderado no se necesita gran elocuencia y la misma tarde de la batalla su coronel le dijo: "Tú tienes la bandera, mi bravo sargento; guárdala". Y sobre su viejo uniforme de campaña, bien pasado ya á causa de la lluvia y el fuego, la cantinera sobrecoyó, al instante, un cordoncillo dorado de subteniente.

Ese orgullo, único en su vida de humildad, irguió el cuerpo del viejo militar; y la costumbre de caminar encorvado, con los ojos bajos, se cambió desde entonces en el hábito de marchar orgullosamente, con la mirada en alto para ver flotar el fragmento de tela que se mantenía en sus manos, siempre derecho, siempre fiero, por encima de la muerte, por encima de la traición y por encima de la derrota.

Nadie ha visto, en época alguna, un hombre tan dichoso como Hormus cuando en los días de batalla tenía el asta entre las

manos, afirmándola en su estuche de cuero negro. Ni hablaba ni se movía; y serio como un sacerdote, tenía el aspecto de guardar una cosa sagrada. Toda su vida y toda su fuerza estaban concentradas en esos dedos que se crispaban al rededor de un halapo glorioso sobre el cual rodaban las balas. Sus ojos, llenos de fiera, miraban de frente á los prusianos, y parecían decir: "Atrevedos, pues; ensayad siquiera de venir á robármela!..."

Pero nadie, ni aún la misma muerte, lo ensayaba. Después de Borny, después de Gravelotte, después de las batallas más terribles, la bandera continuaba su camino, deshecha, agujereada, transparente, llena de heridas; más era siempre el viejo Hormus quien la llevaba.

III

Después... llegó Septiembre, el ejército en Metz, el bloqueo, y esa larga parada en el fango donde rodaban los cañones sin dirección y donde las primeras tropas del mundo desmorilzabanse por el ocio y por la falta de víveres y de noticias, muriendo de fiebre y de fastidio al pie de sus fusiles.

Ni los jefes ni los soldados creían ya en cosa alguna; sólo Hormus guardaba aún la confianza. Su harapo tricolor le hacía creer en todo; y mientras él lo sentía á su lado, estaba seguro de que nada se había perdido. Desgraciadamente, como ya nadie se batía, el coronel guardaba las banderas en su casa misma, en un barrio de Metz; y el bravo subteniente vivía como una madre que tuviese á su hijo en nodriza, pensando en él sin cesar. Cuando el fastidio lo atormentaba, hacía un viaje á Metz, de donde regresaba contento después de mirar su bandera siempre en el mismo sitio, siempre tranquila, siempre recostada majestuosamente contra el muro. Esos viajes que él verificaba en una sola jornada, hacían nacer en su alma el valor y la paciencia; hacíanle soñar con campos de batalla, con marchas gloriosas y con las grandes enseñas tricolores flotando á lo lejos sobre las trincheras prusianas...

La orden del día del mariscal Bazaine hizo rodar por tierra las bellas ilusiones. Una ma-

ñana, Hormus vió, al despertarse, mucha agitación en el campamento. Los soldados, reuniéndose en grupos, murmuraban, animándose y excitándose con gritos de rabia; levantando los puños hacía un punto de la ciudad, como si sus cóleras designasen á un culpable... "Atrapadle!... Fusilémosle..." Y los oficiales guardaban silencio, apartándose del bullicio, avergonzados... avergonzados de haber leído á cincuenta mil valientes, bien armados aún, aún vigorosos, la orden del mariscal que los entregaba sin combate al enemigo...

—¿Y las banderas?" preguntó Hormus palideciendo... Las banderas también habían sido entregadas con los fusiles, con el resto de los equipajes, con todo...

—¡"Ra... Ra... Rayo de Dios!..."—balbuceó el pobre hombre—"En todo caso aún no tendrán la mfa..." Y, ligero como una bala, se echó á correr hacia la ciudad.

IV

También en Metz la animación era inmensa. Los guardias nacionales, los guardias móviles y los burgueses se agitaban gri-



tando; las diputaciones recorrían las calles, vibrantes y precisadas, dirigiéndose á la casa del mariscal.—Hormus no veía nada, no oía una palabra; hablando consigo mismo, subía á grandes pasos la calle del Faubourg.

—“¡Robarme mi bandera!... Pues no faltaba más!... Acaso es posible robar una bandera!... Acaso tienen derecho!... Si les quiere dar algo á los prusianos, que les dé lo suyo... sus carrozas doradas, su vajilla magnífica traída de Méjico... Pero mi pabellón... El pabellón es mío... El pabellón es mi dicha, mi fortuna... Y yo prohibo terminantemente que lo toquen!”

Todas estas frases incompletas estaban cortadas por la marcha y por la tartamudez. Pero, en el fondo, él tenía su idea: una idea bien firme, bien precisa: tomar la bandera, llevarla flotante al seno del regimiento y pasar luego sobre el vientre de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó al fin de su camino, ni siquiera le dejaron entrar. El coronel, furioso también, no quería recibir á nadie... Pero el viejo Hormus no entendía así el asunto y jurando, gritando y empujando al plantón: — “Mi bandera, decía, Dadme mi bandera...”

Al fin se abrió una ventana:

—¿“Eres tú, Hormus?”

—Sí, mi coronel, yo...

—Todos los pabellones están en el Arsenal..., no tienes necesidad sino de presentarte ahí para que te den un recibo...

—¿Un recibo?... Para qué?...

—Es la orden del mariscal...

—Pero... coronel...

—¡Déjame en paz!... Y la ventana se cerró...

El viejo Hormus vaciló como si estuviese borracho y repitió entre dientes:

—“¡Un recibo!... Un recibo!...”

Al fin púsose en marcha por segunda vez, no pensando sino en que su bandera estaba en el Arsenal y que era necesario verla á ver, costara lo que costara.

V

Las puertas del Arsenal estaban completamente abiertas para dejar el paso libre á los carros prusianos que esperaban su cargamento en el patio inmenso. Hormus sintió, al entrar, que un escalofrío agitaba sus nervios. Todos los demás abanderados, cincuenta ó sesenta oficiales silenciosos é indignados, estaban allí... Y todos aquellos hombres tristes, con las cabezas desnudas, agrupándose detrás de los enormes carros sombríos, da-

ban á la escena un aspecto de entierro. La lluvia aumentaba la emoción de tristeza...

Los pabellones del ejército de Bazaine estaban amontonados en un rincón, confundidos sobre el suelo fangoso. Nada más terrible que el espectáculo de esos fragmentos de rica seda, pedazos de franjas de oro y de astas trabajados, arreos gloriosos echados por tierra y manchados de lluvia y de lodo.—Un oficial de administración los iba cogiendo, uno por uno; y al nombre de su regimiento, pronunciado en alta voz, cada abanderado se acercaba para recoger un recibo. Derechos é impasibles, dos oficiales prusianos vigilaban el cargamento.

¡Y vosotros os ibais así ¡oh santos girones gloriosos! des-

plegando vuestros agujeros y barriendo tristemente la tierra, como banda de pájaros que tuviesen las alas rotas!... ¡Vosotros os ibais con la vergüenza de las grandes cosas humilladas... y cada uno de vosotros se llevaba un pedazo de la Francia!... El sol de las largas jornadas dejó su sello entre vuestras arrugas marchitas... Vosotros guardais, en las marcas de las balas, el recuerdo de muchos héroes desconocidos que cayeron muertos, al azar, bajo vuestras franjas tricolores!...

—“Ya llegó tu turno, Hormus... Ahí te llaman... Ve á buscar tu recibo...”

Se trataba de un recibo cuando una bandera francesa, la más bella, la más mutilada, la suya, estaba delante de sus ojos?... El viejo sargento se figuraba estar aún allá arriba, de pie sobre el repecho de la vía férrea... Su ilusión le hacía oír de nuevo el canto de las balas, el ruido de las gábatas que rodaban y la voz robusta del coronel: “A la bandera, hijos míos, á la bandera”... Luego, sus veintidós camaradas muertos y él, vigésimo tercio abandonado, precipitándose á su vez para levantar y sostener el pobre pabellón que vacilaba falto de brazo... ¡Ah! ese día había jurado defenderlo, guardarlo hasta la muerte... Y ahora...

Sólo de pensarlo, toda la sangre del corazón le subía á la cabeza... Ebrio, sin sentido, lanzóse sobre el oficial prusiano arrancándole su enseña idolatrada para agitarla de nuevo entre sus manos, para levantarla aún, bien alta, bien recta y para gritar: —“A la bandera...” Pero su grito fué cortado entre su garganta... sintió temblar el asta, que se escapaba de sus manos... En ese aire malsano, en ese aire de muerte que pesa terriblemente sobre las ciudades rendidas, la bandera no podía flotar... Nada de orgulloso, nada de fiero podía vivir ahí... Y el viejo Hormus cayó fulminado...

A. DAUDET.



¡SAYONARA!



CUANDO el telégrafo nos anunció que debíamos partir, dejar el Japón que alcanzábamos apenas a penetrar, comprendimos cuán dolorosas deben ser las separaciones para las almas que saben echar raíces a donde van y que, como las plantas parásitas, viven de la simpatía y de la sombra de los demás... Sin embargo, no hay nada que tenga un valor más real en la simpatía humana que la Patria, eso que, á fuerza de ser intangible, á medida que se ahonda en los sentimientos de la especie humana, es lo más positivo. A la Patria se desea volver siempre, aunque sea doloroso retornar.

Algunos desterrados morales vuelven para ser ajusticiados socialmente...

Pero, lo difícil es hallar una segunda patria. Parece que hay en esto una mera ficción. Cuando se habla de segunda patria, debe existir un error, que aceptamos sólo en razón de un sentimiento de vanidad recíproca. Una sola es la patria que se abandona y se llora y se vuelve á ver, y muchos son los pueblos, paisajes indiferentes al espíritu, por los cuales se pasa en el roce efímero de la vida.

Como revuelan las golondrinas en busca de primavera, así, los que ruedan por el mundo en busca de sana alegría, van recogiendo un conjunto de impresiones que tocan superficialmente el corazón, aunque hieran profundamente los sentidos.

Nunca olvidaremos un detalle de la vida monótona del pueblo natal: un rapaz cogido en una travesura; una escena de amor á campo libre; un animal indómito que vuela con su gineo por los despoñados, asustando á las mozas que pasan con sus cántaros de aguas canturreando alguna lastimera "tonada"; esto nos ha tocado en el alma infantil y se queda fotografiado con rasgos prontos á revivir para siempre en la cámara de la memoria, que tiene sus rincones donde la alegría lozana de la vida dormita; pero los detalles de cualquier acontecimiento presenciado en tierra extraña, pasan como figuras de cinematógrafo, acaso sin dejar rasgos profundos en la mente y en el corazón.

Es que la patria hermosea todos los cuadros, haciéndoles más amables y más dignos de recordación.

Por eso, el arte que necesita de una segunda patria para desarrollarse, no debe ser el más digno de protección. Se puede resultar un artista sin necesidad de ir á grandes medios á recoger enseñanzas y á contemplar dilatados horizontes, cuyas perspectivas no interesarán después para el desarrollo de un arte nacional.

Eramos un pueblo guerrero antes de que tuviésemos como Jefe de Estado Mayor á un oficial alemán.

Eramos legisladores antes de que Bello nos fuese á traducir el Código de Napoleón.

Hemos producido maestros y oradores como Lastarria, tribunos como Errázuriz, comentaristas como Huneeus, artistas de la pluma como Arteaga, pintores como

Smith, pensadores como Matta y Bilbao, sin necesidad de salir del rincón y observando la vida al través de las mamparas de la propia casa.

Lo que tiene la vida del propio hogar, conmueve y forma la esencia de los genios nacionales, agenos á toda extraña influencia. El genio es una luz que se filtra por todos los vericuetos del mundo para alumbrar los cerebros escogidos con la chispa divina.

Al lado de un adiós en tierra extraña emplazamos otro de la patria, y hacemos comparaciones. Allí nos fueron á despedir muy pocas personas, no hubo flores, ni brindis, ni abrazos oficiales medidos con la huincha diplomática; pero hubo un apretón de manos de un amigo de la infancia, el abrazo de un pariente, el silencioso rasgo de un pañuelo que desde la colina de Valparaíso enviaba al mar el último adiós... Eso queda.

Este adiós de Yokohama ha pasado como un rero accidente hermoso de la vida.

de los enfermos del cuerpo y del espíritu; el "parque del mundo", como le llama el preceptorado chauvinista del Imperio.

Al pisar la cubierta del Zieten, el gran barco alemán que, soberbio de su tonelaje, espera la orden de partir atracado al muelle, como un gigante que gruñese azorado por la hora de cortar las amarras, encontramos algunos rostros de conocidos que vagan inquietos en busca de un amigo á quien abrazar: vivientes de Yokohama y de Tokio que suspiran también por la "licencia" y que dirán al estrechar la mano del viajero:

—¡Feliz Ud! ó ¡quién fuera Ud...! Un congé, esto de que hemos oído hablar á los diplomáticos en el Oriente, como si se tratara de una cita de amor; á esos funcionarios para los cuales parece hubiérase creado especialmente el aburrimiento y la manera fina de descubrir todos sus matices; al fin le hemos alcanzado y vamos á saber lo que es esta cita de juventud, de esperanza, de vida nueva!

¿Cómo todas estas personas que nos vienen á despedir, que traen flores para las señoras que tienen asomada desde temprano una lágrima en sus ojos; que parecen tener prisa de decir el adiós—algo como un temor de indecible explicación; cómo todos estos seres á quienes hemos visto pasear su fastidio por los salones oficiales de Tokio—el fastidio elegante de las Legaciones; cómo traen impreso—arruga profunda de la sensación de la vida—el sello de la tristeza!

¿Por los que se van...?

¡No! es por los que se quedan.

Seres que se lloran á sí mismos, que se empapan en lágrimas por dentro ante el supremo egoísmo de la vida, que es el más grande de los amores, que blasfema contra las religiones, que conspira contra el

interés de la sociedad y de la familia, que acecha á los demás y desconfía de todos...!

Son las lágrimas más crueles las que se lloran por dentro, ó, más bien dicho, las que se traga el misterio insaciable de la vida humana.

¿Y todos estos buenos señores de la diplomacia, que vienen á despedir á los funcionarios que se van, no tienen un misterio que cubrir ó que velar con su eterna sonrisa—lo único que ha descubierto la diplomacia moderna para amortajar el secreto de las cancillerías?

¡Ah! todos esos traen una palabra de cariño, del "cariño" inventado por la educación, para dar una máscara amable á la vida.

Sobre la baranda del puente están afirmados, en actitud meditabunda, Lord Robert Cecil y Sir Hicks Beach, dos colosos de la política inglesa. Su séquito les rodea sonriéndoles, como sabe sonreír la servidumbre de casa grande...

Poekotilloff, el político ruso que ha venido á Portsmouth junto con De Witte á firmar el Tratado de Paz, se pasea á grandes pasos, solo, con el entrecejo arrugado



Cosechando arroz

Y, sin embargo, no ha dejado de enternecernos. Tiene un sayonara en el Japón ciertos rasgos típicos que, como todo lo de la raza nipona, imprimen carácter especial al momento simpático de un adiós.

Antes de que el telégrafo le entregue á uno traducida la cinta roja con las dos palabras en que se le acuerda el congé, ha volado por el barrio de las comadres japonesas la noticia.

—El señor y la señora de Chile se van.

—¡Ah! era natural—dicen algunos celosos—no les gustaba el Japón, todo lo encontraban feo...

—No, usted parece que está en un error.—El Señor Cónsul ha cumplido tres años de residencia y debe marchar obligatoriamente. No hay extranjero que esté por más de tres años en el Japón sin tomar sus vacaciones.

Un tercero dirá sin duda que abandonarán el Japón llorando; porque el Japón es la tierra deseada, suspirada, ambicionada para volverse á ver otra vez; la tierra que da las grandes nostalgias y que produce las indecibles insensateces de la novedad: la tierra de los locos, de los alegres, de los tristes, de los meditabundos,



EN UN CAMPO DE LOTOS

en un jesto doloroso. Es un monólogo shakespearano el de ese grande hombre, cuyos pasos repercuten trágicamente en el espíritu de los que podemos observar—observar pensando—la marcha de aquel siniestro silencioso.

Mess, el contratista de la escuadra rusa de operaciones para el aprovisionamiento del carbón y víveres—un coloso digno acaso de ser Gran Duque por sus raterías fiscales de potentado—pasa saludando como un distraído á Poekotiloff y pensando ya en organizar una partida de poker para el viaje. Es un espíritu fino, de viveza extraordinaria, de baja estatura, que contrasta con la recia figura de Poekotiloff y con la inarmónica de Lord Robert Cécil, un desequilibrado de la salud y de la espina dorsal...

En un cuarto de hora, Mess se ha hecho amigo de todo el mundo y conversa de Alemania, de China, de Inglaterra, de Chile...

De todo sabe un poco. Tiene esa superficialidad simpática, ese mariposeo pueril en todas las cosas con que se detienen en las flores de la vida los hombres que pudiéramos llamar á la violeta.

Pero atrae.

Poekotiloff inspira una sensación de respeto. Es como una estatua en vida que diera grandes trancos de bronce.

Lord Cécil se nos imagina una figura extraña de noble enfermo que paseara el triste atavismo de su salud, circundado de alambres con púas... ¡Repele! Y repele con la sensación que deja en el espíritu un degenerado moral ó físico.

En cambio, qué dulce impresión deja Sir Hicks Beach, el hábil ministro de Finanzas de la Reina Victoria, el émulo de Balfour.

¡Quién lo oyera decir un discurso!...

Parece establecer el silencio alrededor de las cosas de la vida: tal es la dulzura con que habla, dulzura de hombre de Estado que ha manejado las finanzas del primer pueblo de la tierra. Es un médico que ha tomado el pulso á este enfermo de la finanza mundial, este agónico que está siempre con los ojos fijos en Rostchild, el hombre del sérum!

¡Qué de cosas sabrá ese gran financista de fisonomía dulzona y de ojos limpidos!

Ha venido con Lord Cécil á dirimir altas cuestiones de arbitraje en la India. Las ha arreglado y vuelve triunfante.

Son millones de libras esterlinas las que ha controlado ese hombre á quien cualquiera tomaría como un simple buen bailar de valse.

Se le ha pagado una suma fabulosa de honorario.

Pero Sir Hicks Beach no es un millonario como Lord Cécil, ni se ha casado, como éste, con una hija de Salisbury.

En medio de su grandeza intelectual, es un hombre modesto.

Lord Cécil tiene la ingénita insolencia, domesticada por la educación, pulida por la cultura de los afortunados herederos.

Viéndoles juntos, sin hablar, parece Lord Cécil un gigante; cuando Sir Hicks Beach razona, el hijo político de Salisbury se achica en proporciones pigmeas.

Pero hay algo, á pesar de todo, que los distingue. No se buscan; se encuentran. Y cuando se hallan en el barco, permanecen juntos observando el horizonte, casi sin hablarse.

¿Se temen? Misterio...

Han bastado unas cuantas horas de es-

tadfa en el buque, antes que zarpe, para que podamos medir las diferencias en estas dos figuras que rompen el marco en que vamos todos—turistas y funcionarios, enfermos y desequilibrados—para mirarnos por encima á los simples mortales.

Son dos hombres que han vivido juntos, que acaso se estiman, pero son dos hombres que no se quieren: herederos de dos clases de nobleza que acaso se repudian...

★

Pero, ya que hablamos de nobleza, recordemos la del Conde d'Arco Valey, Ministro de Alemania. Viene llegando.

Sube rápidamente, saludando á todos lados. Todo el mundo se descubre ante él.

Lleva las mejores flores que ha podido tomar en Tokio. Un precioso bouquet digno del más noble de los Condes que hayamos conocido.

Es la obsesión de la jentileza en persona. Una enfermedad de los espíritus cultos de su raza, que debe remontarse hasta los merovingios.

Soldado y artista, pensador y diplomático, Cellini de la frase en todos los idiomas de las grandes razas, viene este Nabab del Oriente—enviado allí por el más teatral de los Emperadores—á decir la última palabra de cariño á los representantes de un país remoto, tan remoto como pequeño y tan soberbio como esperanzado de su futura grandeza.

—Yo creo en Chile—dice. Yo desearía ir alguna vez allá...

Desgraciadamente, las Embajadas no se han hecho para Chile y para que gustemos del trato de estos Príncipes de la diplomacia, que se reservan á las Cortes extranjeras.

Deberemos ser siempre República, aunque tengamos en la sangre—oligarca por excelencia—mucho de monárquicos.

Y pensábamos que ya no volveríamos á ver más á nuestro Ministro D'Arco Valey.

El viejo noble alza su copa de champagne brindando por la mujer chilena.

Al llegar á Tokio le oímos hablar de los ojos de las chilenas que había conocido en España, en Río Janeiro, en el Japón mismo, donde las señoras de Morla y de Larraín habían dejado un exquisito recuerdo de cultura y de serena belleza.

Se despide.

—El mundo es tan chico—dice—que al fin nos volveremos á encontrar.

Y en seguida añade, riéndose, con una profunda reverencia nipona:

—¡Sayonara!

La palabra de adios es repetida por todos en lengua japonesa: así tiene algo de menos triste, así parece un grito de esperanza más que de desconsuelo.

Le vemos alejarse; el viejo Conde, con su figura todavía atlética,—con su gran cabeza erguida, atraviesa por entre la multitud, acompañado hasta la escalera por los representantes de la diminuta potencia extranjera á quienes despide; y desde el puente—cuando ya las amarras del barco se iban soltando y los acordes de la banda del "Zieten" preludiaban el Danubio Azul, agitando su gran sombrero de etiqueta, repetía todavía con su acento teutón:

—¡Sayonara!

Un poco á lo lejos, comenzamos de nuevo á reconocer á todas las personas que nos han ido á despedir; y marchando hasta el mismo fin del muelle—como para

no perder una pulgada de adios—á nuestros sirvientes de tres años, á los fieles nipones que mueven en el aire sus abanicos en señal de despedida, inclinando respetuosamente sus cabezas admirablemente peinadas, que relucen con los reflejos del ébano á la incierta luz vespertina.

A la distancia repite el eco sayonara; y del fondo de nuestras almas decimos adios al pequeño y formidable Imperio; á su raza tenaz y soberbia; á sus mujeres hechas para el amor y para el arte; á su arte mismo, exquisito, como creado en un verdadero día de descanso y de despegue de todo lo vulgar y bajo que existe; á sus políticos, tan sabios como previsores; á sus instituciones copiadas de las mejores fuentes; á su naturaleza, soberbia y fértil en belleza, que se ve á la distancia iluminada por la viva llamarada de los mapas que cubren las montañas, que parecen todas puestas de rodillas para que surja sólo la majestad del Fusiyama!

Avanzamos rápidamente; el gigante se mueve nervioso como un cetáceo, que tuviera prisa de abarcar mares más dignos de su recia estructura.

Yokohama se esfuma en el misterio de la noche que comienza.

Sayonara repite el eco que golpea todavía el corazón del viajero.

El mar se abre suavemente ante la insolente presión de la proa del "Zieten".

Momentos más y franquearemos la puerta de Yokosuka, que nos alejará—quizá para siempre—del golfo de Tokio, con sus tonalidades de esmeraldas y de sus velas que cubren el horizonte como una formidable decoración de la naturaleza.

Los sirvientes y el Stewart del puente pasan corriendo con las sillas y las chaises-longues de los viajeros.

Es la hora de la insinuación, que concluye con el colosal pour boire de los barcos alemanes al fin del viaje.

Una especie de cansancio se apodera del espíritu. Son las largas sensaciones del día.

Todos buscan el nido...

Poekotiloff está en pie, vigila el horizonte, récio, hérculeo, indaga muy lejos, deteniéndose á ratos en una caminata feroz alrededor del puente; parece un forzado del ejercicio muscular. De pronto alguna idea tenaz le obsesía y marcha entonces con las manos hacia atrás, sin mirar nada y á nadie. El paseo de este hombre vigoroso, que de cuando en cuando dirige alguna palabra en chino á su celeste ayuda de cámara, produce mareo.

Lord Robert Cécil ha tomado su sitio y se estiene con todo el largo de su naturaleza zancudiana en su chaise longue de paja oriental.

El Steward le ha traído un whisky and soda...

El lord parece soñar después de apurar un largo trago.

Una ligera mancha de sangre aparece en su lívida mejilla izquierda.

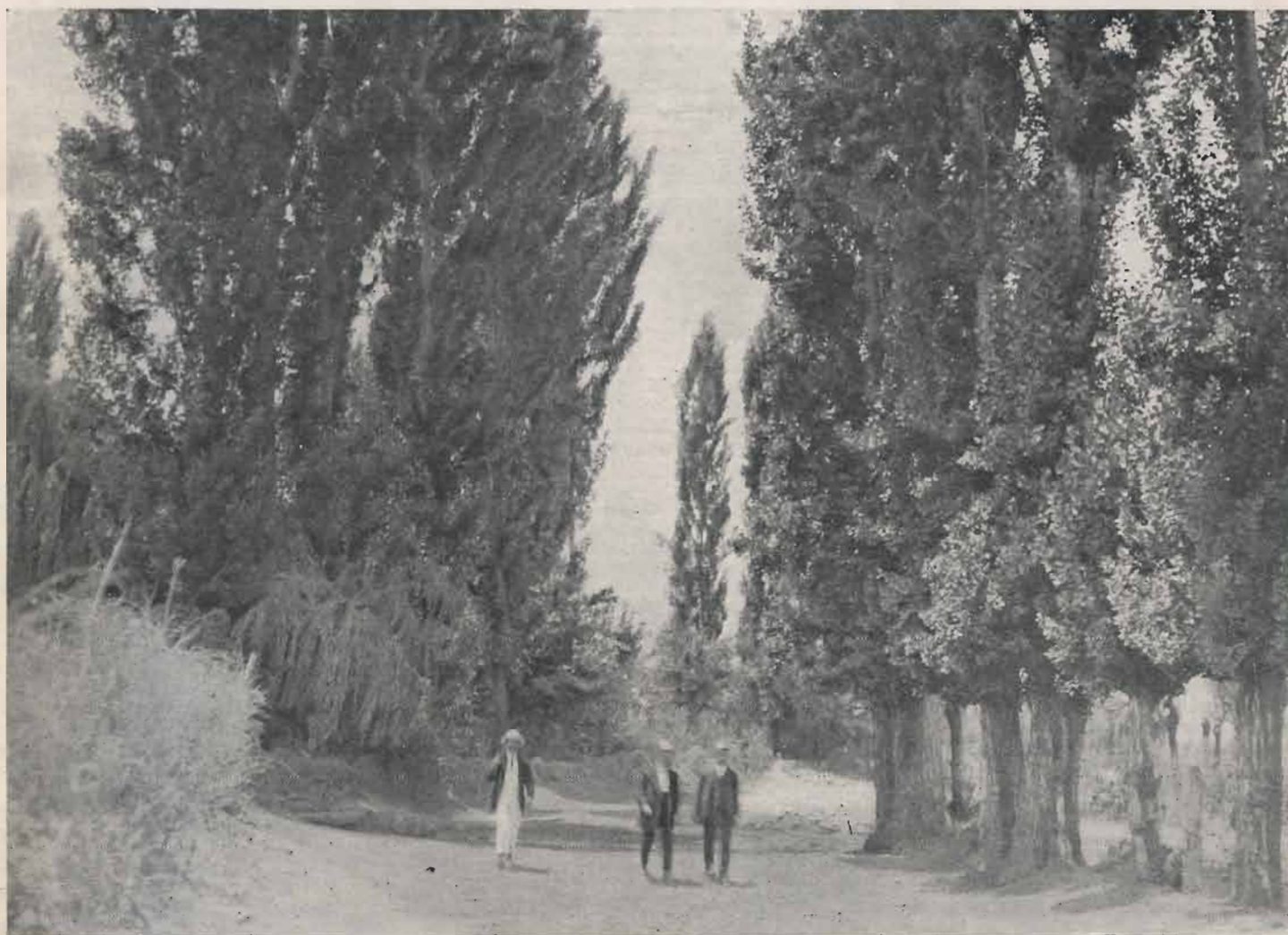
Una de sus manos ha caído macilenta y va resbalando hasta volcar la copa vacía...

El lord duerme en una mueca de agónico; y un rayo de la luna que viene apareciendo se le filtra hasta la garganta, descubriendo su enorme boca prematuramente desdentada...

Angel C. ESPEJO

En el Mar Interior (Japón), Octubre 1905.

LA FOTOGRAFIA ARTISTICA



Fotografía del Señor L. Navarrete

TEMA viejo en otros países, pero nuevo en Chile, es dilucidar si la fotografía es un medio de llegar al Arte, ó, en otros términos, si es posible, por la representación fotográfica, interpretar la Naturaleza y llegar á hacer "obra de arte".

Veo la sonrisa de los críticos y el menosprecio de los artistas al oír enunciada semejante cuestión... Es curioso, que en un país en donde los aficionados á la fotografía se suman por miles, no se aborde el trabajo de la interpretación personal por los medios mecánicos, pero de una latitud que apenas se conoce, que ofrece hoy la técnica fotográfica. En cambio, los pintores y dibujantes no alcanzan á formar un centenar, y todos hacen ó creen hacer "obra de arte", aunque sólo embadurnen telas ó borronen papeles.

Hay, en general, una falsa concepción de lo que es la fotografía. Se cree que sólo puede llegarse en el empleo de ella á la reproducción exacta, pero mecánica, de la naturaleza; y en cuanto á retratos, se tiene la idea de que la buena fotografía consiste en cierto parecido, con tal de que siempre el modelo resulte "mejorado", con su boca más fruncida, su tez brillante y limpia, sin arrugas, grandes ojeras, y una dureza que no tiene el mármol...

Los fotógrafos se agrupan en dos gremios: el de los aficionados y el de los profesionales. Los primeros entran en la prác-



Trabajo artístico del Señor L. Navarrete

tica del arte por pasatiempo, ó por curiosidad. Los segundos adoptan el oficio para ganar dinero y deben dar gusto al público. Aquellos se fatigan pronto, y abandonan, tarde ó temprano, la cámara, desengañados generalmente, cansados á veces, de no experimentar nuevas emociones. Los últimos continúan, empero, falsificando "platinos" y "mezzo-tintos", retocando á más y mejor, pervirtiendo el gusto con el retrato barato, adocenado, con caras que semejan bola de billar, y manteniendo el convencionalismo que seduce al público más numeroso y hace relativamente fácil el negocio.

Hablo, como aficionado, al que se fatiga porque no encuentra ya nada que aprender cuando ha ensayado todas las marcas de planchas, empleado todos los reveladores é impreso toda suerte de papeles; al que se separa de su cámara, con una decepción verdadera, porque ya no hay atractivos en continuar haciendo siempre lo mismo... La fotografía es ingrata con los que la abandonan, pero inagotable en sus recompensas para los que perseveran. Los procedimientos corrientes tienen un límite y es ese límite la causa del desaliento. Pero voy á tratar de probar, en dos aspectos, no más, de las nuevas tendencias y prácticas, que el arte fotográfico tiene ancho campo para la investigación y un horizonte, cuyo término no se divisa, para la emoción estética.



Fotografía artística del Señor L. Navarrete

Condición indispensable, sí, para llegar á la fotografía de interpretación, ó pictórica, es la de dominar la cámara, el objetivo y los procedimientos de impresión... El fotógrafo debe subordinar los aparatos y toda la técnica á su voluntad: de otro modo continuará siendo un simple operario mecánico, esclavo de una máquina y tiranizado por las exigencias de un formulario rígido... Es decir, todos los elementos de trabajo han de ser, para el fotógrafo que aspira á hacer "obra de arte", lo que para el pintor son la tela, los colores y los pinceles.

La confección del negativo y la confección del positivo: tales son los dos aspectos á que voy á referirme para demostrar la nueva orientación de la fotografía.

Es poca la latitud que ofrece la plancha fotográfica á la intervención personal, pero en este terreno es en donde puede ejercitarse, con real utilidad, las facultades de percepción y de emotividad del operador. El negativo recibe la inscripción del cuadro elegido por medio de la luz; más, ocurre que el fotógrafo estudia el cuadro, prepara su máquina y olvida ó relega á lugar secundario la luz... Pero, cuando se procede previamente al estudio de la energía luminosa, se descubren nuevos aspectos de la naturaleza y se ve que el sol y el paisaje tienen efectos infinitos. Esta observación basta para comprender que el fotógrafo debe, en todo momento, emplear su cámara como un apa-



Trabajo artístico del Señor L. Navarrete

rato inscriptor de la luz, y subordinarlo todo á la luz. Es increíble cómo el que procede con este concepto se acostumbra rápidamente, sin necesidad de vidrio despulido ni de buscador (viseur), á "ver el cuadro", y, con relativa práctica, á "hacer el cuadro".

Lo más atrayente que tiene el estudio de la luz, es la facilidad que procura para el análisis de las obras maestras de la pintura y del blanco y negro. Se comprende así el éxito de los notables artistas de la fotografía: Puyo, Demachy, Guido Rey, etc., que están familiarizados ya con el modo de ver y de proceder de los grandes maestros.

La contemplación de los retratos de las diversas escuelas de pintura induce pronto á la imitación, y he allí otra fuente de goces para el fotógrafo artista. Hay fotografías á lo Rembrandt, á lo Van Dyck, según la luz que se elija. Como estudio de luz, y al mismo tiempo de imitación de una buena obra de pintura, doy en el texto de este artículo dos retratos: uno, copia de un cuadro antiguo, atribuido por su propietario, señor Demarco, á Velásquez, una tentativa de semblanza de él, no en la indumentaria, pero sí en la expresión intensa de la mirada y en la iluminación plena del rostro. Estas cualidades resaltan en forma un tanto apreciable solamente, porque el negativo no ha sido retocado, es decir, falsificado, al uso del comercio.

Mientras se siguió la rutina,

el fotógrafo estaba forzado á operar en condiciones muy estrechas. Encadenado á la máquina, sometido á las reglas de la óptica, debía colocarse dando la espalda al sol y con el sujeto iluminado de frente. Alguien rompió la estrecha regla, otro creó la plancha anti-halo, y fueron desde entonces muchos los que llevaron su audacia hasta enfocar hacia el sol, á todo aire y en pleno mar. La cátedra estaba muerta y la fotografía podía ya figurar entre las artes y acaso entre las bellas artes. Cabía, por lo menos, dentro de la concepción de Ruskin, quien había dicho que la manufactura se hace con las manos, el arte, con las manos y la cabeza, y las bellas artes, con las manos, la cabeza y el corazón.

Las reglas de la antigua perfección del negativo permitían llegar á un punto en que era preciso detenerse por imposibilidad material de seguir más lejos. Y nada hay más desconcertante que lo definitivo en el Arte. Relegada la fotografía clásica al comercio ó á la industria, el artista puede, en el concepto de la libertad conquistada, emocionarse ante las maravillas que mira en el vidrio despulido de su cámara, y es al mismo tiempo capaz de fijar en la placa, es decir, de dibujar con la luz, en el momento en que su emoción se lo indique, con la ventaja de una rapidez de que no disponen las demás artes gráficas. El fototipista,—es decir el autor de negativos,—alcanza la suprema condición impuesta á los que quieren llegar al arte: tiene, ó puede adquirir personalidad, según su manera de ver ó sentir.

Pero es el segundo aspecto de la fotografía, la confección del positivo ó de la copia, el que ofrece verdadera latitud para la interpretación, es decir para la intervención personal del operador. Con los medios mecánicos de reproducir con papeles de ennegrecimiento directo y viraje, ó de imagen latente y desarrollo, la fotografía no se diferenciaba de las demás artes gráficas, y el aficionado no podía jamás superar al comerciante en lo pulido y lo acabado de las pruebas, ni lograba dar á sus paisajes la armonía y la originalidad deseadas.

La libertad ideal para el monocromo se obtuvo con los nuevos procedimientos de imprimir, el carbón, la goma bicromatada, la ozotipia, fundados en el empleo de pigmento, es decir, de los colores inertes que emplea el acuarelista. Un procedimiento, de reciente data, el de Mr. Rawlings, llega hasta utilizar las tintas grasas, es decir la pintura al óleo. La técnica de todos ellos es más ó menos difícil, pero una vez vencida, se consiguen efectos sorprendentes, y una variedad tal de resultados que ya se diseñan escuelas fotográficas, dominando en este momento cierta tendencia impresionista y realista.

Con este complemento, la fotografía es el arte gráfico que

por excelencia admite la interpretación y que después de la pintura produce mejor la ilusión pictórica. Para que exista la ilusión pictórica se necesita: perspectiva, relieve, vida, fisonomía, tonalidad en el grado del color, color, y sentimiento. La perspectiva, el relieve y el dibujo de la fisonomía son obtenidos por la fotografía en grado superlativo. Hasta la perspectiva aérea es conseguida hoy con los lentes de corto plano focal y gran abertura, que permiten delinear el objeto cercano ó el motivo y esbozar, ó apenas indicar, el resto.

Como ejemplo de interpretación y de intervención personal puede el lector ver el paisaje doblemente reproducido en el texto de este artículo. Representa una alameda. En el positivo impreso por métodos ordinarios, el sol cae á plomo, el suelo llega á ser duro por lo lleno de luz. En si la fotografía no tiene nada de particular, es un cliché defectuoso, pues hasta las tres figuras que están al medio se han movido. Véase, en cambio, la prueba hecha por un sencillo procedimiento pigmentario, la ozotipia, en tinta verde oscuro. Los álamos están representados por verdaderas masas vibrantes de color, el suelo ha quedado reducido al tono que la armonía del conjunto exigía, las figuras han pasado á ser objetos secundarios, están indicadas apenas, y el paisaje así, parece tomado en una hora de la tarde, y produce un sentimiento de grandeza y de poesía que está muy distante de evocar el banal fotograma primitivo.

No presento estos trabajos como modelos de perfección, sino como simples ejemplos de lo que puede hacerse: uno como débil prueba del dominio que se adquiere por medio de la cámara en la fijación de la expresión y en el estudio de la luz; el otro como muestra de interpretación, de intervención personal y aún de corrección del negativo.

Y al terminar, recuerdo que empecé temiendo la sonrisa de los críticos y el desdén de los artistas. Ahora sé que ellos serán más indulgentes al juzgar las aspiraciones de un simple aficionado. Pero sé otra cosa también, y es que los comerciantes é industriales en el ramo de fotografía, empiezan á comprender que están obligados á seguir la evolución del arte fotográfico...

"Habíamos pedido á la fotografía Verdad, y nos respondió otorgándonos también Belleza", dice Roberto de la Sizeranne. La habíamos concebido dentro del marco de la exactitud y nos presenta ahora el horizonte sin fin de la libertad. De mero pasatiempo, de grato esparcimiento, de mecánico oficio, se transforma en un nuevo medio de interpretación de la Naturaleza, de expresión del concepto estético y de manifestación de la personalidad artística.

Mayo de 1909.

L. N.

AVES DE PASO

YENDO cuesta arriba, en el tren, se cruzaba un pinar, un monte elevado, y en un rellano del terreno distinguíase una masía con dos torres de moro, un portalón gótico y un ventanal con una columnilla, debajo de una barbacana.

No pasaba tren exprés, ni correo, ni tren mixto alguno sin que no se viese en el ancho ventanal la figura de una muchacha reclinada en la columna, en actitud de nostalgia, de estampa sentimental, de portada de romanza italiana, la cabeza apoyada á la sombra del capitel, una mano abandonada fuera, los ojos en el vacío, abajo una mata de hiedra y arriba un nido de golondrinas.

Aquella actitud le cuadraba muy bien: eran sus ojos negros y estaban rodeados de un violado romántico, rasgados y grandes, como dos toques de sombra vistos desde lejos; la cara larga, el cuerpo ondulante y fino, con cierto abandono oriental, con algo de samaritana y un no sé qué de odalisca; los cabellos negros como viñeta de un canto de lord Byron, y una aureola de tristeza que la rodeaba como una cautiva de los piratas ó como una castellana de romance que espera á su trovador enamorado al asomar la luna: todo eso junto le infundían un misterio de leyenda divisada desde el tren, de visión antigua contemplada al cruzar detrás de los vidrios.

Como los trenes no cesaban de pasar y como ella no se apartaba nunca de la ventana, algún viajero la divisó: la saludaría un día y ella le contestaría. Otro día tornaría á verla y á saludarla de nuevo y ella respondería otra vez; y desde entonces siempre al pasar le haría el mismo signo y la encontraría en la misma ventana, sobre la misma hiedra, bajo el capitel, junto al nido de golondrinas.

Y como aquel pasajero, la veía sin duda otro, al ir y volver en el exprés ó en el correo; y como éste otros muchos se asomaron á mirarla; y pronto no hubo tren que no condujera pretendientes que al pasar por delante de la ventana no le enviasen un saludo ó un beso.

Tantos fueron los pretendientes que, mirando de través los trenes, veíase una hilera de manos asomadas á las ventanillas haciendo signos y enviando adioses; había pretendiente que

iba en tren mixto para ir más despacio y prolongar la visión; algunos saludaban hasta con el pañuelo; y la muchacha fiel á la cita y siempre en la ventana, apoyada en la columna y reclinada en la hiedra, veía cruzar á las mismas horas á aquel bando de enamorados, aquellos pretendientes de paso, aquel desfile de pájaros que le enviaban un adiós y huían con la rapidez de un sueño, hasta perderse más allá de la sierra.

¡Pobre muchacha! ¡Verse festejada á todas las horas del día y no escuchar ni una palabra, ni una promesa de toda aquella juventud que pasaba y volvía á pasar de un punto á otro del horizonte.

¡Sentir deslizar, huir la juventud arrastrada por aquella sierpe de hierro que dejaba al pasar un rastro de humo! ¡Contemplar todo el santo día aquella nube que cruzaba por frente á ella llevándose las esperanzas sin sentir jamás la música de una frase de cariño! ¡Tener toda una provincia lejana enamorada y no saber ni el nombre de ellos, ni quienes eran ni adonde iban!

—Si al menos esa máquina maldita descarrilase. Si yo pudiese al menos subir al tren y huir de este martirio desconocido—pensaba quizá alguna vez.—Si el tren al menos, no caminara tan á prisa!

¡Pero cá! Aumentaban los pasajeros y prodigaba los saludos; las golondrinas del nido emigraban y volvían; crecía la hiedra, pasaban los años, y los trenes no se detenían nunca, hasta que la muchacha se cansó ó encontró un novio ó no quiso asomarse más: el caso fué que los pretendientes ambulantes no la volvieron á ver. Un día el tren descarriló cerca de la masía; los pasajeros tuvieron que bajar á tierra á esperar trasbordo. Su primera idea fué aproximarse á la casa y preguntar por la muchacha.

—Se ha hecho monja, dijo una mujer.

—¡Monja! ¿Teniendo tantos pretendientes?

—Muchos, pero todos eran pretendientes de paso; ninguno hasta ahora había llamado á esta puerta.

—¡Pues ya ve! Quizá hoy se habría casado. Los trenes no descarrilan nunca á tiempo.

Los asuntos de Turquía

I

No es posible hablar de Turquía sin que se me venga á la memoria cierto diálogo de tanda. Un suegro, en unión del yerno, cenar alegremente en un café con muy buena compañía, lejos de sus respectivas cónyuges que les han tiranizado más de lo preciso. Pero ámbos temen una sorpresa, junto con regocijarse de la libertad momentánea.—“¿Quién fuera turco!... para tener muchas mujeres!” exclama el yerno.—“¿Quién fuera Obispo!” le contesta el suegro.—“¿Para qué?... para no tener ninguna...”

Esa Turquía de Opereta, con serrallos y beldades encantadoras misteriosamente ocultas; con sultanes que cortan la cabeza por un guftame allá esta paja; con derviches de largas barbas blancas, y esclavos y montones de zequfes ó monedas de oro, es la que todos conocemos, sin haberla visto, y la que nos hace soñar despiertos con todo género de maravillas.

Constantinopla es la ciudad más hermosa de la tierra, formando la transición encantadora del Asia á Europa, de las civilizaciones primitivas y originales á las civilizaciones últimas. Al verla, todos los grandes escritores se han sentido como sobrecogidos de estupor. Lord Byron compuso admirables poesías; Lamartine bendijo al cielo; Lady Montagne lo declaraba el más hermoso espectáculo del Universo, ella que trafa las pupilas empapadas en la luz maravillosa del Oriente; Gauthier recogió los colores más brillantes de su paleta incomparable de escritor, y Chateaubriand se quedó sumido en esa meditación profunda, tan honda que parecía transpasando los siglos hasta llegar á la naturaleza encantada del Paraíso terrenal.

Yo también quisiera ser, por un momento, turco—pero no para tener muchas mujeres, como uno de los personajes de la zarzuela, ó para no tener ninguna, como el otro—sino para admirar y sentir y penetrar hasta el alma de la incomparable ciudad de Constantinopla.

Allí, á lo lejos, nos la pinta un viajero colocada en el Bósforo, estrecho brazo de mar que separa el Asia de Europa y liga el Mar de Mármara con el Negro. El agua tranquila forma un recodo llamado el Cuerno de Oro; en las alturas, se encuentran las tres ciudades de Galata, Pera y Scutari, dos de ellas separadas de la otra por el agua, pero tan cerca unas de otras que parecen los barrios de París contemplándose al través del Sena ó los de Londres al través del Támesis, con esa claridad diáfana que parece precisar aún los perfiles de los objetos. Stambul se prolonga formando un arco de cuatro millas. Los Minaretes altísimos y blancos, los negros cipreses, los hacinamientos de casas, la cintura de viejos muros almenados que hablan de historia y recuerdan á Bayaceto, parece decirnos todo que empezamos á sumirnos en visiones orientales. Vagar por las aguas del Bósforo; divisar á lo lejos, la Mosquée de Solimán; cruzar el Cuerno de Oro en el paraje en que los ve-

leros se apiñaban con elevados cascos teñidos de colores, con el creciente del Islam en sus pabellones rojos; ver dilatarse el mar á lo lejos, hacia Mármara, y estrecharse en el barrio opuesto, hacia Scutari, con su esplendor asiático, su brillo, sus minaretes y cúpulas que toman tintes de coral, y percibir el incendio del sol en los vidrios pequenitos de las ventanas turcas, como si reflejaran las supremas fulguraciones del sol ya medio desaparecido: todo eso produce la ilusión de una ciudad de amor y de alba de vida.

Luego percibir la mole enorme y ligera de Santa Sofía, dibujando su clara silueta esférica en medio de altísimos y finos minaretes de plateadas puntas, y ver otras cúpulas y otros tallos gentiles de torres que, según la ingeniosa comparación de un escritor, “parecen bosque gigantesco de palmeras sin palmas”... la Mezquita

plateadas cupulillas, pequeños edificios de gentil y extraña forma, con enrejados, ventanas y puertas de arabescos; todo blanco, diminuto, medio oculto, que deja adivinar laberintos de jardines, de corredores, de patios, de corrales: una ciudad completa encerrada en un bosque, separada del mundo, y llena de tristeza y de misterio”.

II

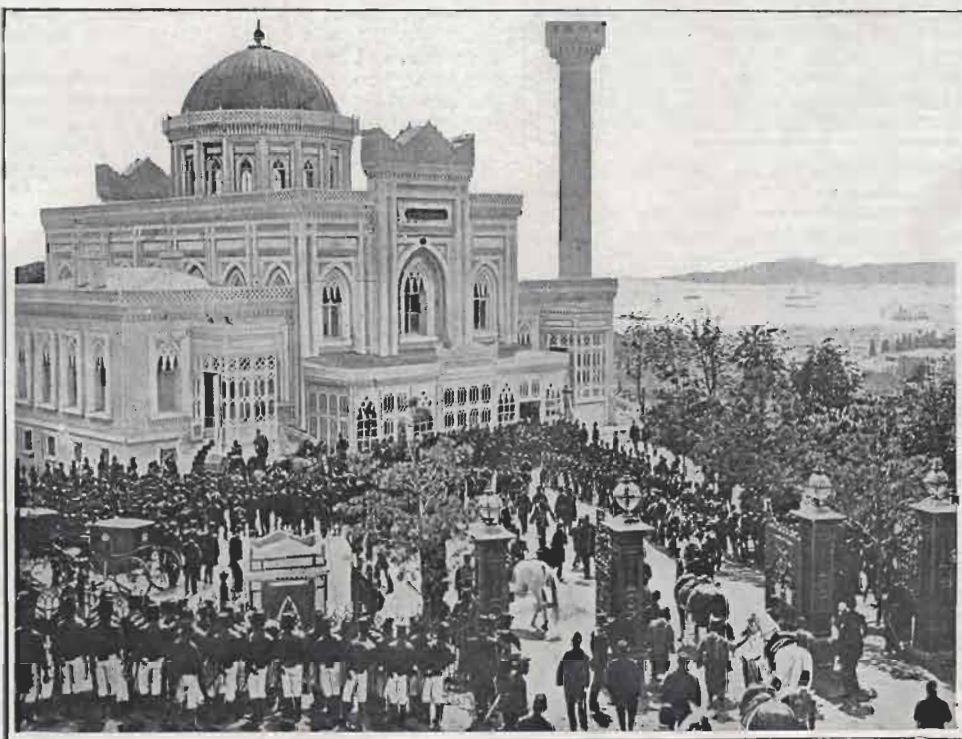
Constantinopla es el jardín encantado de un vasto imperio, en el cual, después de cuatrocientos años, se mantiene viva la huella del Islam, es decir del pueblo conquistador, del mahometano que espada en mano se lanzó al asalto de viejas civilizaciones europeas y plantó su media luna, de maneras al parecer definitiva, en un rincón del antiguo continente. Sus conquistadores, con sus bustos firmes y sus cuerpos enérgicamente diseñados, se mezclaron

á kurdos, árabes, albaneses, armenios, judíos, búlgaros, serbios, kutzo-valacos y griegos y todas esas razas y religiones varias compusieron un conjunto, mezcla heterogénea de elementos contradictorios á la cual no era posible poner el rótulo de los frascos de botica: “mézclese y agítese” para formar un pueblo. De aquí la dificultad de constituir una verdadera unidad nacional con razas tan diversas y, al parecer, de tan contraria índole.

¿Qué cosa es el turco? ¿En qué consiste la conformación moral, la psicología de esta raza, de número extraordinariamente reducido,—un puñado de hombres apenas—que ha logrado imponerse á todo un imperio, en plena Europa, á manera de señores y como pueblo preponderante y conquistador?

El francés vive de ironía, de gracia, de alegría estrepitosa y un tanto fanfarrona; el alemán es un metafísico triste, una falange militar de acero en la cual se acentúa la expresión de la fuerza tanto en la acción política cuanto en la guerrera y en la intelectual; el español, caballeroso á lo Don Quijote, vive todavía en el siglo XVI y no ha despertado aún al concepto de la igualdad y de la libertad moderna; el italiano derrocha su vida en jestos apasionados de actor, de cantante y de artista, más no por eso descuida la industria, el arte de crear riquezas, ni el discurso filosófico, ni las fuertes meditaciones. Esos diversos pueblos, con apariencias diversas, tienen un fondo común, una herencia moral derivada de los romanos y retemplada en las cruzadas, para pasar al través del táliz revolucionario y democrático de 1789.

El turco es otra cosa, muy diversa al decir de los viajeros y de cuantos íntimamente le estudian y cercan. Es su aspecto apacible y grave, entonado por dignidad no común. Aparece como absorto en sus propios pensamientos, meditando en problemas superiores, ocupado en cosas lejanas y remotas, como si viviera encerrado en sí mismo, con hondo sentir místico. La compostura de sus modales, la tranquilidad apacible de sus jestos aparecen como revelaciones de dignidad innata, cuando son, tan sólo, expresión de orgu-



Ceremonia del Selamick.—Mosquée de Hamidieh

de Bayaceto... la Mezquita de Osman... la Mezquita de Solimán. Los colores brillantes de las casas se mezclan y se armonizan, como en la paleta de un pintor. Los edificios se miran en las aguas. Amicis pintaba con estas palabras sus propias impresiones: “Era una mañana de neblina... pero el velo se rompía rápidamente y por todas partes surgían mezquitas, torres, manchas de concentrado verde, casas y más casas; y mientras más adelante caminábamos, más se erguía orgullosa la ciudad, mostrándonos sus rotos contornos caprichosamente diseñados, ora blancos, ora verdes, ora rosáceos y siempre brillantes. La Colina del Serrallo enseñaba ya entero su elegante conjunto sobre el fondo gris de la neblina.

“Cuatro millas de población, toda la parte que mira al mar de Mármara, se desplegaba á nuestra vista; y sus oscuras murallas, sus casas mil, de mil colores, reflejaban sus perfiles en el nítido y terso cristal de las aguas como en límpido espejo... En un gran montículo vestido de cipreses, teberintos, abetos y plátanos gigantes, que lanzan sus ramas fuera de los almenados muros, hasta llegar á hacer sombra en el mar; en medio de esta mancha de verdor, se alzan desordenadamente, separados y formando grupos, como esparcidos al acaso, techos de kioscos, pabellones coronados de galerías,

llo interno de raza, y desprecio profundo del europeo. No se vé jamás en ellos los jestos desordenados del italiano, ni tampoco el vocerío estrepitoso del francés, pero su pasión corre por dentro como ciertos ríos de corriente subterránea, borrados al parecer de la superficie de la tierra. Alguien ha dicho, con exactitud, que



La Sublime Puerta

la mirada de los turcos interroga, pero no contesta; que su boca no traiciona al corazón.

Aquel pueblo impasible, de maneras dignamente frías, de actitudes esculturales esconde hábilmente su orgullo inmenso, su pasión candente, su desprecio del europeo, y su sentimiento de infinita superioridad sobre las razas conquistadas o sobre las extrañas al islam, dominados como se hallan por corrientes de intenso y no superado fanatismo. Los periódicos europeos traen una fotografía de cierta célebre procesión en que los fieles musulmanes, vestidos de túnicas blancas, se dan de sablazos y se hieren y matan para redimir sus culpas. Son los mártires voluntarios y oficiosos de un sacrificio que nadie pide y que nada justifica; su sangre corre á torrentes como un holocausto de los tiempos bárbaros.

El mutismo de las fisonomías, la eterna impasibilidad de los rostros sorprenden como enigma perpetuo.

Los preceptos del Korán, la sobriedad, la continencia, han dado á la raza turca musculatura fuerte, condiciones extraordinarias de vigor físico y de valor moral: de aquí la superioridad de sus soldados, los primeros de Europa. Y el general Baden-Powell, con profundo discernimiento, comprendió, de igual modo, la necesidad de una fuerte disciplina moral en su institución de los boy-scouts, para la formación de una raza militar en Inglaterra.

Al cuerpo enjuto y vigoroso del turco se da cierto aire de vaguedad triste y de austeridad melancólica. Tal vez contribuya á esto cierto sello de fatalismo que anima á la raza toda, uno como sentido de lo inevitable del destino. Es, quizá, el producto de las doctrinas del nirwana, importadas de la India y generalizadas en Oriente, bajo forma de panteísmo que todo lo invade, de confusión entre el alma del hombre y el alma del mundo, en una infinita dilatación espiritual que llega hasta la paralización de las fuerzas físicas. Su aspiración suma en la vida es el Kief.

¿En qué consiste eso? Un escritor lo expresa de este modo: "El Kief llega con haber comido parcamente; haber bebido un vaso de agua corriente; haber dicho

las oraciones del ritual; sentir la carne y la conciencia tranquila y sin deseos; hallarse sentado á la sombra de un árbol en un punto desde el cual se divise vastísimo horizonte, siguiendo con la vista las palomas del cementerio vecino, los bajeles lejanos, los insectos próximos, las nubes del cielo, el humo de la pipa, pensando vagamente en Dios, en la muerte, en la vanidad de los bienes terrenales, en la dulzura del reposo eterno, en la otra vida... hé ahí el Kief".

En aquel sér de quietud, de impasibilidad, de fatalismo y de sumisión á las fuerzas de la vida, vive adormecido el hombre de acción, el conquistador, el guerero, que despierta de repente con su segunda naturaleza de tártaro. De aquí las sorpresas que nos trae inesperadamente la historia de la vida turca, unas veces con su heroísmo en Plevna ó en la guerra contra Grecia; otras en la revolución última y en el estallido silencioso de la joven Turquía. Es un pueblo de vida reconcentrada y de aspecto silencioso, en el cual los sucesos y las revoluciones se realizan por dentro, y estallan, por lo tanto, cuando nadie las espera.

A este pueblo sencillo, sobrio, fanático siempre, heroico generalmente, gobernaba de manera incondicional y absoluta el

derivativo en instigaciones secretas á las matanzas de cristianos y de judíos. De aquí nacieron, instigados desde los Palacios turcos, los horrores de Bulgaria comparados por Mr. Gladstone con la escena del sepulcro ardiente en el Infierno de Dante; de aquí se originaron los crímenes de Armenia.

No sin razón, el grande estadista denominó á Turquía entonces "el hombre enfermo".

III

Un grupo, de considerable importancia, inició la propaganda subterránea de nuevas ideas reformistas entre los turcos. Era el Partido de la Joven Turquía. Lucharon primero por implantar el régimen de Gobierno representativo, que consiguieron en pos de una campaña memorable. Muy luego se encontraron, por la fuerza de las cosas, en presencia de un problema considerable de reformas. La naturaleza de los materiales á disposición de los nuevos gobernantes del Imperio; el servicio civil sobrecargado; el ejército hambriento, con oficiales teóricos é inexpertos, imbuidos de las nuevas ideas, y los veteranos desdeñosos del ejército antiguo; la convicción arraigada entre los islamitas de que los cristianos no pueden ser políticamente iguales á ellos: todo eso constituía una serie de dificultades. A esto se agregaban las quejas de armenios y kurdos; la necesidad de apaciguar á los Estados Balkánicos; las rivalidades entre árabes y turcos; la dificultad de hacer frente á las deudas nacionales con entradas fiscales disminuidas y en presencia de aldeanos recargados de impuestos. Tales eran las dificultades que encontró el Comité del Partido Unión y Progreso al subir al poder para implantar el nuevo sis-



Puerta del kiosko de Dolma

Sultán, por medio de una burocracia corrompida, engendrada en una empleomanía espantosa, inepta, decrepita hasta no poder más, rapaz, cínica, de una codicia franca y desembozada. Todos los contratos, eran negociados; la percepción de impuestos, un escándalo, las aduanas, robo. Al pueblo silencioso y fanático le buscaban los sultanes y los burócratas un

tema. Más el Sultán no fué leal y promovió levantamientos en provincias, preparó secretamente matanzas de extranjeros y, por último, trató de imponer Ministerio contrario al nuevo régimen.

De aquí provino el levantamiento en armas que ha traído la caída del Sultán y la situación reciente.

Luis ORREGO LUCO

